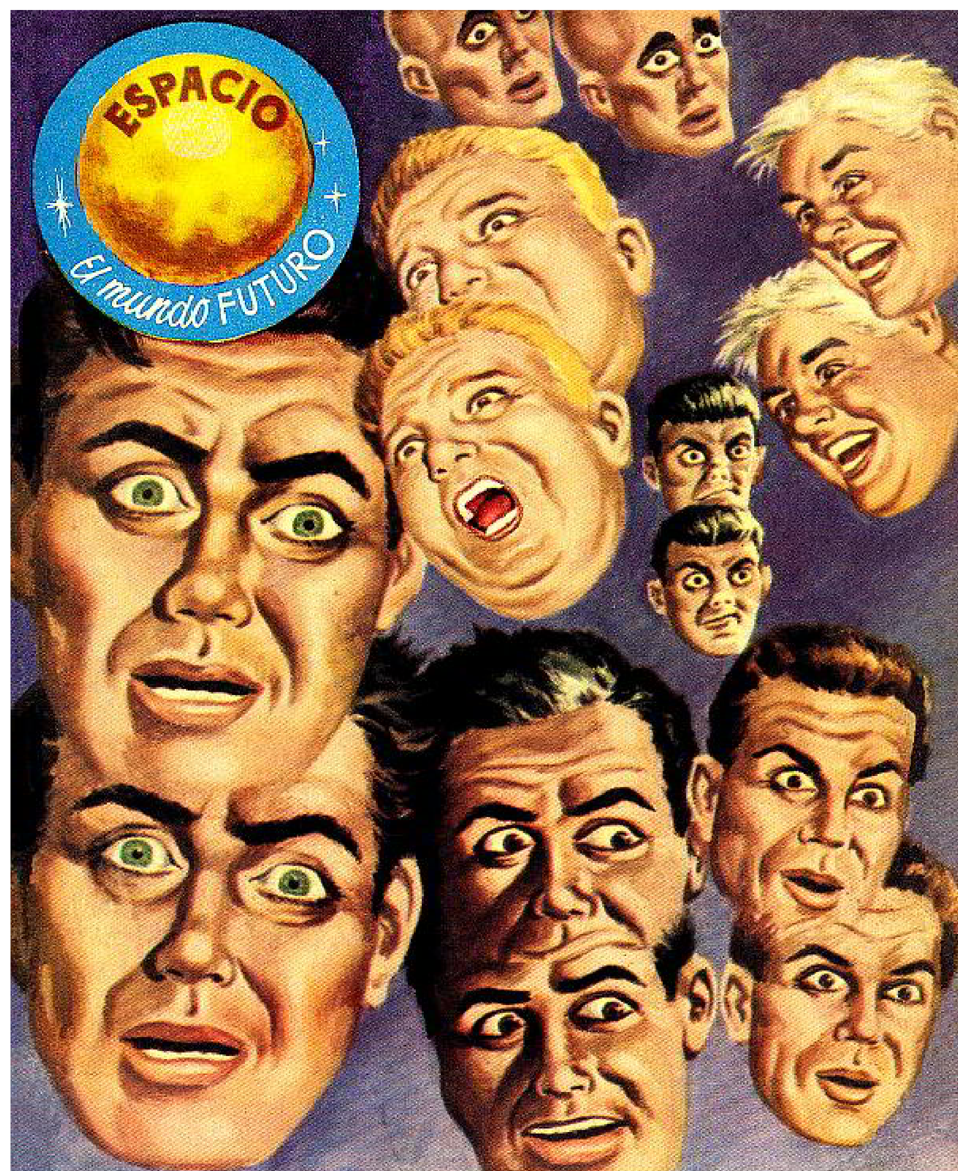


DUPLICATA

LAW SPACE

Nada complicado, ¿verdad?

Porque Pietro Lorelli no amaba las cosas complicadas. Quizá por eso estaba satisfecho de ser el portero del Instituto de Investigaciones Atómicas, en las proximidades de la ciudad de Los Ángeles, rehuyendo todo contacto con lo que pasaba dentro del edificio que, en el fondo, no le interesaba nada en absoluto.

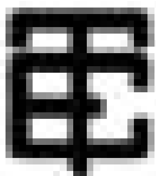
Sabía, y eso le bastaba, que los hombres que trabajaban en el interior del edificio eran los responsables de todas las explosiones que, de vez en cuando, ponían un sol horrible en el desierto. Y temeroso de que un día, por una fatal equivocación, hiciesen volar el Instituto, miraba hacia la casa, cuando pensaba en ello, con cierta aprensión, plenamente justificada.



Law Space

Duplicata

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 220



ePub r1.0

LDS 27.12.18

Título original: *Duplicata*
Law Space, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



DUPLICATA



CAPÍTULO PRIMERO



as instrucciones que había recibido Pietro eran muy sencillas y jamás temió equivocarse, ya que se reducían a lo siguiente: «Todas las personas del Instituto, desde el director hasta el último ayudante del laboratorio, podían entrar libremente; pero al salir era obligatorio que fueran al destacamento de la Policía, situado al otro lado del Jardín, donde el sargento Barnais les facilitaba un boleto que les permitía pasar ante Pietro con sólo entregarlo».

Nada complicado, ¿verdad?

Porque Pietro Lorelli no amaba las cosas complicadas. Quizá por eso estaba satisfecho de ser el portero del Instituto de Investigaciones Atómicas, en las proximidades de la ciudad de Los Ángeles, rehuyendo todo contacto con lo que pasaba dentro del edificio que, en el fondo, no le interesaba nada en absoluto.

Sabía, y eso le bastaba, que los hombres que trabajaban en el interior del edificio eran los responsables de todas las explosiones

que, de vez en cuando, ponían un sol horrible en el desierto. Y temeroso de que un día, por una fatal equivocación, hiciesen volar el Instituto, miraba hacia la casa, cuando pensaba en ello, con cierta aprensión, plenamente justificada.

Pero, fuera de aquellos instantes, Lorelli estaba a mil leguas de todo y prefería pensar en los monumentales platos de macarrones que su hija Gina le preparaba, invariablemente, cada mediodía. Entonces venían a sustituirle durante las tres horas que le concedían para comer, y Pietro, con el cigarrillo en los labios y un rumor de canción napolitana en la mente, tomaba el autobús del Instituto, viendo que los campos ofrecían un color muy semejante al de los dorados tallarines que Gina tendría ya dispuestos sobre la mesa.

¿Qué más podía pedirse a la vida?

Desde que murió su esposa, Lorelli concentró todos sus esfuerzos en Gina y en su trabajo. Ambas cosas iban bien y no podía quejarse de que la vida, a los cincuenta y tres años, lo tratase con dureza.

Aquella mañana, que iba a ser especial para todos, como también para él, Pietro fumaba junto a su garita, pendiente de la entrada de los miembros del Instituto, con el brazo sobre el cuadro de mandos que ponía en movimiento la puerta basculante del jardín.

La mayor parte de los técnicos habían entrado ya. Por eso, cuando el coche del joven profesor Lambert se acercó a la verja, el italiano se dijo para su capote que aquél debía ser el último en llegar, ya que el director había entrado media hora antes.

Lambert era un muchachote alto, de aspecto agradable y, según decían los demás, sumamente inteligente. Pero el guardián clasificaba a la gente en dos grupos estrictos: los que le eran simpáticos y los que no lo eran.

Y Lambert pertenecía al primer grupo.

Pulsó el botón rojo y la puerta basculante se levantó, dejando que pasara el coche. El profesor, como solía hacerlo siempre, frenó junto a la caseta.

Pietro se llevó la diestra al borde de su gorra de plato.

—¡Buenos días, profesor!

—¡Hola, Lorelli! ¿Cómo va eso?

—Ya puede usted ver…

Lambert sonrió.

—¿Sabes que no he olvidado tu invitación para probar esos macarrones que hace Gina, tu hija?

—Cuando usted quiera, profesor. Será un honor para nosotros invitarle a comer el plato nacional de Italia. ¡Seguro que le gustará!

—No creas que hablo por hablar. Uno de estos días, cuando menos lo pienses, te cogeré la palabra.

—Cualquier día será bueno, señor.

—Hasta ahora.

—Adiós.

Lorelli observó al coche del profesor que, torciendo a la derecha, se detuvo en la zona de aparcamiento que le pertenecía. Después, Lambert saltó a tierra y, llevando en la mano una cartera negra, subió la escalinata del edificio, abriéndose automáticamente a su paso las puertas de cristales.

¡Era un muchacho estupendo, llano y simpático como el que más!

Fue Pietro a encender un nuevo cigarrillo cuando vio que las puertas volvían a abrirse y que Lambert, corriendo, se acercaba a su coche.

«Debe de haber olvidado algo —pensó el italiano—. ¡Estos sabios son todos tan distraídos!».

Vio que Lambert subía al coche y que lo ponía en marcha, dirigiéndose en rápida maniobra hacia la salida.

Lorelli frunció el entrecejo.

Al llegar junto a él, el profesor frenó en seco.

—¡He olvidado todos los papeles, Pietro! ¿Crees que debo pasar por el control?

Lorelli pensó que era absurdo hacer ir al profesor al departamento de policía del sargento Barnais, ya que no había hecho más que pasar la puerta y salir inmediatamente.

—No es necesario, señor.

—Gracias. Volveré en seguida. ¡Qué memoria la mía!

El napolitano pulsó el botón y el coche pasó, alejándose velozmente calle arriba.

Pietro sonrió.

—No falla… —se dijo, en voz alta—. En cuanto un hombre se pone a estudiar, se convierte en una verdadera calamidad pública. Tienen menos memoria que un niño pequeño.

Dio una chupada a su cigarrillo y se sentó en el interior de la cabina, esperando el regreso del profesor para empezar a leer el periódico que su hermano solía enviarle cada semana desde Nápoles.

Cansado de esperar, sacó el diario, hundiéndose en la sección de sucesos, imaginándose a los hombres y mujeres que en aquella bendita tierra se acuchillaban o se lanzaban vitriolo al rostro por alguna cuestión que aquí, en los Estados Unidos, no se hubiera comprendido jamás.

Pero él experimentaba una especie de íntimo orgullo al leer aquellas cosas, sintiendo al mismo tiempo compasión por los que no podían entender aquella manera de proceder.

¡Qué sabían ellos!

* * *

Donald Bougarde terminó el filtraje, contemplando, con sus ojos azules, el líquido incoloro que había obtenido.

No podía creerlo.

Después de recibir las muestras del laboratorio de Lambert, que había sido casi totalmente el autor de aquella nueva fórmula, Donald se había dedicado a comprobar su realidad, y ahora que acababa de obtener una pequeña cantidad, ardía en deseos de probarla en la cámara especial, para ver si, como afirmaba su joven amigo, producía la expansión terrorífica que Lambert había calculado.

«Astronita» era el nombre que su inventor le había dado.

Y si era verdad lo que Lambert calculó matemáticamente, la «astronita» iba a ser el agente propulsor de los cohetes más revolucionarios que se habían conocido jamás.

Con la emoción que se supone, Donald cogió cuidadosamente el tubo de ensayo que contenía el líquido, atravesando la puerta blindada que le separaba de la cámara de pruebas de grandes explosivos. Una vez al otro lado, se halló ante el cristal acerado que dominaba la cámara. Colocó el tubo en las manos metálicas y se enfundó los guantes de los mandos, haciendo que aquéllas llevasen la sustancia hacia el minúsculo proyectil, una maqueta perfecta en todo, vertiendo el contenido del tubo en las entrañas metálicas de la

minúscula máquina.

Realizada aquella maniobra, Donald abandonó la sala, cerrando cuidadosamente la puerta blindada. Después fue a sentarse ante un complejo aparato que, además de una pantalla de televisión, llevaba consigo todos los receptores que serían capaces de proporcionar los detalles del experimento que, a lo más, duraría unas pocas milésimas de segundo.

La cámara de televisión estaba directamente conectada con otra, en el interior de la experimentación, puramente cinematográfica, que trabajaba a una velocidad prodigiosa, jugando el papel de «cámara lenta», gracias a la cual podría Bougarde ver la marcha del minúsculo cohete, durante un tiempo cien mil veces mayor al que el vehículo tardaría en recorrer los cien metros de su obligada trayectoria, antes de hundirse en una capa de líquido aceitoso y denso, que le serviría de freno natural.

Antes de decidirse a poner todo en marcha, Donald encendió un cigarrillo, con la esperanza de calmar un poco sus nervios.

Apreciaba a Lambert y le respetaba, queriendo que todo aquello saliese bien, como casi tenía la completa seguridad de que ocurriría.

Encendió el cigarrillo, aspirando con fruición el humo y echándolo después por boca y nariz; luego, convencido de que no podía dominar su nerviosismo con aquel fútil engaño, dejó el pitillo sobre el cenicero, disponiéndose al trabajo.

La pantalla se iluminó y Donald vio el proyectil en su diminuta rampa de lanzamiento. Aquella prodigiosa maquinita no debía tener más de veinte centímetros de longitud, pero era una verdadera maravilla y llevaba dentro un motor cuya construcción había costado más de dos mil horas de trabajo a minuciosos y hábiles especialistas.

Ahora, dentro del motor, el líquido descubierto por Lambert estaba preparado para actuar.

Donald suspiró; después, decidido, puso los complejos mecanismos electrónicos en marcha.

No sucedió, por el momento, absolutamente nada. Pero el joven sabía que cuando la aguja del reloj que acababa de ponerse en marcha llegase al sesenta, única cifra marcada en rojo, todo se desencadenaría a una velocidad de vértigo.

Treinta…, treinta y cinco…, cuarenta…

Latía la manecilla, saltando de una cifra a otra, como si un pulso misterioso la empujase, Y así, poco a poco, contando cada segundo, fue acercándose implacablemente al sesenta.

Poco antes de que llegase a la cifra fatal, Donald dejó de mirarla, concentrándose en la contemplación de la pantalla.

En ésta, bruscamente, se produjo una especie de vibración. Y el hombre vio que el proyectil salía disparado, alterando la forma de ondulación del aire que atravesaba, para, instantes más tarde, hundirse en la masa oleaginosa.

Todo había terminado.

Fijándose en los relojes que marcaban las distancias y el tiempo, éste en microsegundos, Bougarde empezó a tomar notas, expresando claramente su asombro cuando llegó a los resultados.

Tuvo que repetir los cálculos para convencerse de que no se había equivocado.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Ciento ochenta mil kilómetros por hora!

Parecía imposible, pero los aparatos demostraban la realidad de unos cálculos que el cerebro electrónico había realizado con su precisión acostumbrada.

Presa de una emoción indescriptible, Donald pensó en prevenir a Lambert, pero, recordando las instrucciones que había recibido, antes de empezar aquellas experiencias, se dirigió con los cálculos en la mano al despacho del director, donde penetró después de haber obtenido el correspondiente permiso.

Sam Horroks, el director del Instituto de Investigaciones Atómicas, era un hombre de aspecto terrible, con sus anchos hombros su rostro de perro de presa y sus cejas pobladas e hirsutas hasta tal extremo que parecían dispuestas a ocultar los ojos, aunque no lo conseguían.

No quería decir esto que fuese cruel, despótico o tiránico con los hombres que el destino había puesto a sus órdenes. Fuera del trabajo, en las frecuentes reuniones que tenía con sus muchachos, como él los llamaba, había demostrado siempre poseer un gran corazón, dispuesto a recibir cariñosamente la confesión más extraña o el deseo más arbitrario.

Pero, desde que pasaba ante Pietro y penetraba en el Instituto, su personalidad sufría un cambio completo, convirtiéndose en el

jefe, vigilante siempre, y en el que no podía contar para nada que no se relacionase con el trabajo.

«Costamos cien mil dólares diarios…» —solía decir—. «Y tenemos que demostrar al Gobierno que no estamos aquí para robarle, sino para devolverle con creces lo que confiadamente nos entrega…».

Era su lema.

Cuando Donald entró en el despacho, el director estaba telefoneando e hizo un gesto para que el visitante se sentase, cosa que el joven hizo, ocupando uno de los cómodos sillones de la sala.

Mientras su jefe telefoneaba, el joven le miró detenidamente, pensando en lo que diría al conocer los extraordinarios resultados que acababa de obtener con el carburante descubierto por Lambert.

Llevaba varios meses estudiando aquel asunto y la verdad era que Horroks no tenía mucha confianza en ello.

El director colgó el aparato y volviéndose hacia su colaborador, preguntó:

—¿Qué hay, Bougarde?

—He realizado la experiencia final, señor.

—¿Y bien?

Donald tuvo que contenerse para que el otro no se percatase de la emoción que experimentaba.

—Ciento ochenta mil kilómetros a la hora, señor.

—¿Eh?

La expresión de asombro que apareció en el rostro del director fue lo que hizo que Donald pudiera permitirse un esbozo de sonrisa.

—Aquí tiene los cálculos, señor.

Se los tendió al otro, que los tomó con sus manazas peludas y los examinó durante cinco minutos con todo detalle. Sam Horroks era un matemático formidable y el joven comprendió que estaba calculando, como lo hubiera hecho un cerebro electrónico, moviéndose con una completa libertad dentro de la compleja maraña de cifras que cubrían las cartulinas que el joven físico le había entregado.

Después, levantando la cabeza del papel, exclamó:

—¡Un éxito estupendo!

—Sí, señor.

—Voy a llamar a Lambert para que traiga las fórmulas de su

preparado. Un momento.

Marcó un número, hablando con Lambert durante unos segundos.

Luego, tras haber colgado, se dirigió a Donald.

—Está muy contento y vendrá en seguida con las fórmulas. Es divertido. Dice que tenía tan poca confianza en él éxito de su preparado, que no recuerda nada absolutamente de él.

¿A qué se dedica ahora?

—Está estudiando un procedimiento antigravitatorio: una verdadera locura, según mi opinión…

Pero, sonriendo, agregó, en seguida:

—Ya comprenderá, Bougarde, que mi papel, aquí, es frenar todas las ideas que a ustedes les pasan por la cabeza. Si no lo hiciese así, nos pasaríamos el tiempo perdiendo los días en experiencias que no conducirán a parte alguna.

En realidad, la mayor parte de los colaboradores eran jóvenes y estaban llenos de entusiasmo, muchas veces injustificado hacia las ideas que no cesaban de salir de sus fértiles mentes.

Sin el freno que representaba la ecuánime personalidad del director, el Instituto hubiese parecido un juego de niños, llevándose a cabo experimento tras experimento, muchas veces abocados al fracaso más ruidoso.

Pero Sam Horroks poseía un espíritu crítico de primera clase, ayudado por una especie de intuición que no solía equivocarse nunca. De todos modos, aunque pensase que una cosa iba a proporcionar los resultados que se esperaban de ella, prefería «enfriar» un poco el belicoso entusiasmo de su descubridor, empujándole a comprobar, mil veces si era necesario, las bases de su nuevo descorrimiento.

Sam ofreció una bebida a Donald, preparando un vaso para él y otro para Lambert, al que esperaba de un momento a otro.

Pero el joven físico tardó más de lo que pensaban. Y cuando penetró en el despacho, su rostro, pálido como el papel, demostraba que algo grave acababa de ocurrir.

No hizo falta que Horroks preguntase nada.

Avanzando hacia la mesa, en la que posó sus temblorosas manos, Rudolph dijo, con un hilo de voz, como si las palabras le ahogasen:

—¡Las fórmulas han desaparecido, señor director!

CAPÍTULO II


ra quizá la segunda vez que Lorelli visitaba el despacho del director. Y ésta, la segunda, era por su propio impulso. Cerró el mecanismo automático de salida y entrada y corrió hacia el edificio, no parando hasta que penetró en el despacho, donde Sam Horroks se paseaba como una fiera enjaulada.

—¿Qué hay, Pietro? —inquirió.

El italiano respiraba con dificultad. A sus años, la carrera que acababa de darse no era cosa de broma. Y el director tuvo que esperar a que el ritmo respiratorio del guardián se normalizase.

Éste, después de una inspiración profunda, preguntó:

—¿Está el profesor Lambert en el Instituto, señor director?

Horroks frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir, Lorelli?

El otro, que se había quitado la gorra de plato al entrar, sacó un enorme pañuelo a cuadros, secándose la cabeza, completamente

calva.

—Preguntaba, señor director —repuso, con voz débil—, si el profesor Lambert estaba aquí, si le había visto usted.

—¡Pues claro que está aquí! Hace un instante que ha salido de mi despacho…

—¡Caro Dio!

La expresión del pobre guardián era tan desesperada que Horroks sintió piedad por aquel hombre.

Y acercándose al italiano, dijo:

—Vamos, Lorelli, cálmese y diga lo que le preocupa. Estoy muy ocupado y mi tiempo es oro en estos momentos.

El otro asintió, antes de decir:

—Sí, señor director, si… Es que, usted me perdonará, sabe que no bebo…

—Ya lo sé.

—Es que esta mañana, el profesor Lambert llegó, pasó por el control y nada más llegar al «*hall*», volvió corriendo, diciendo que se había olvidado unos papeles… y salió.

Las pobladas cejas de Sam parecieron unirse, formando una barra de pelo bajo su frente.

—¿Qué está usted diciendo, Pietro? El profesor Lambert ha estado aquí hace unos instantes, hablando con el profesor Bougarde y conmigo… ¡Eso no puede ser!

—Lo siento, señor director, pero le estoy diciendo la verdad. El profesor se llevó su coche y no ha vuelto aún, cosa que no ha dejado de extrañarme.

—Pero…

La entrada del propio Lambert, cuyo rostro seguía intensamente pálido, hizo que los dos hombres se volviesen hacia él. El director mirándolo con extrañeza y el pobre italiano como si tuviese delante a un fantasma.

—¿Se da usted cuenta, Lorelli? —le increpó Sam.

—¡No puede ser, señor! ¡Voy a volverme loco!

Rudolph, que miraba, sin comprender, a los dos hombres, se acercó al director:

—¿Ocurre algo más, señor? —preguntó, con voz afectada por la emoción y el disgusto que había experimentado.

—Lorelli dice que usted salió nada más llegar al Instituto.

El joven se volvió hacia el guardián, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Eso ha dicho usted, Pietro? ¿Que yo he salido de aquí?

El desdichado seguía sudando copiosamente.

—Yo… —balbució.

—Pero —insistió Lambert—, si usted mismo me vio llegar, si incluso hablamos unos instantes; si le dije que uno de estos días iba a aceptar su invitación para comer los macarrones que prepara Gina, su hija.

Lorelli iba asintiendo con la cabeza, gesticulando, al mismo tiempo, de una manera cómica.

Parecía que a cada palabra del profesor, fuese diciendo: «Sí, eso es verdad, pero…». «También eso es cierto, mas…».

—¿Cómo es posible que me haya visto salir si ahora estoy aquí? ¿Me vio volver?

—No.

—¿Entonces?

La gorra, en las manos nerviosas de Pietro, no era ya más que un trapo retorcido y manchado de sudor. Para aquel pobre hombre, lo que estaba ocurriendo era mucho peor que la más refinada tortura.

Y cuando consiguió recobrar el aliento, habló:

—Todo lo que usted ha dicho es verdad, profesor. Hablamos de todo eso y yo le vi, con una cartera negra en la mano, entrar en el edificio…

—Claro.

—Pero, inmediatamente, volvió usted a salir, corriendo hacia el coche. Montó usted en él, frenó ante mí, me dijo si era necesario ir a la policía de salida. Y yo, como usted no había hecho más que pasar la puerta de cristal, le dejé salir, ya que usted me dijo que había olvidado unos papeles.

—¡Yo no dije eso!

—Perdone, pero lo dijo.

—¡Dios mío! Yo entré, dirigiéndome al laboratorio y poniéndome a trabajar. No me he movido hasta que el director me llamó y me puse a buscar…

Horroks intervino con gesto perentorio:

—Deje eso, Lambert.

—Bien, señor.

Y después de una pausa.

—Yo trabajé hasta que vine a ver al director. Usted, Lorelli, no me ha podido ver salir nunca.

—Le vi, señor.

Era una terquedad extraña.

Hasta que el guardián, que estaba angustiado, mucho más que los otros, ya que la cabeza le daba vueltas, encontró la solución.

—Si usted no ha salido, ¿cómo se explica que su coche no esté donde dice que lo dejó?

—¿Mi coche?

Se acercaron a la ventana, y el director descorrió las cortinas.

No tuvieron más que echar una ojeada al amplio parque de aparcamiento.

—¡Es verdad! —exclamó Lambert—. ¡Mi coche no está donde lo dejé!

—¿Se dan cuenta? —inquirió el italiano.

Los dos hombres se miraron.

—Que me quemen si entiendo algo —musitó el director.

—Pero —insistió Lambert—, si como dice Pietro, yo hubiera salido con el coche, ¿cómo es posible que ahora me encuentre aquí si él mismo confiesa no haberme visto volver?

—Eso es verdad, señor.

Guardaron silencio, sin atrever a mirarse unos a otros, como si temieran reconocer que todo aquello era, en verdad, una locura, una broma de mal gusto en la que habían caído ingenuamente.

Pero las fórmulas habían desaparecido.

Aquella idea era la que dominaba, sobre las demás, en el cerebro del director. Y alrededor de ella trabajó, procurando hilar los cabos que la descripción paradójica de Lorelli acababa de relacionar con lo ocurrido.

—Pietro…

El italiano levantó la cabeza.

—¿Diga, señor?

—¿Está usted seguro de que el hombre que salió en el coche era el profesor Lambert? —Desesperado, Lorelli miró a Rudolph, como si desease encontrar alguna diferencia entre el hombre que había visto salir y aquél que tenía ahora ante sus ojos. Al mismo tiempo, trajo a su memoria la imagen del otro, el tono de su voz, sus gestos

más pequeños.

Y tuvo que confesar, con un suspiro:

—Sí, era el profesor.

—Pero… —intervino Lambert.

—¡Silencio, por favor! —ordenó el director.

Y sin dejar de mirar a Pietro, advirtió:

—Piense bien, Lorelli: es muy importante, mucho más de lo que usted mismo pueda imaginarse. ¿Está seguro de que no hay ninguna diferencia entre el profesor que está aquí y el hombre que salió con el coche?

—Ninguna, señor director.

Sam se pasó la mano por la barbilla. Y como si habíase consigo mismo:

—Además, si fuese alguien que hubiera suplantado su personalidad, ¿cómo demonios entró aquí sin que nadie le viese?

—No lo entiendo —confesó Lambert.

Presa de una idea repentina, el director se precipitó sobre el teléfono y pidió una comunicación.

—Está bien. Esperaré, pero haga el favor de apresurarse, señorita, es urgente.

Se volvió a los otros y explicó:

—He llamado al guardián de la noche. Veamos, Lorelli, ¿recuerda a la hora que salió el profesor anoche de aquí?

El italiano reflexionó unos momentos.

Luego, con voz precisa repuso:

—A eso de las ocho y media, señor.

—¿Es verdad, Lambert?

—Sí. Eran aproximadamente las ocho y veinticinco cuando abandoné el Instituto.

—Perfecto…

En aquel momento, sonó el teléfono y Horroks se precipitó hacia el aparato.

—¿Diga? ¿Es usted, Lewis? Sí, soy yo… bien, no, no se preocupe, no ocurre nada grave. Ahora, escúcheme con atención… ¿Quién salió después de las nueve?

—…

—Sí, de acuerdo. ¿Y quién entró?

—…

—¿El profesor Lambert?

Rudolph hizo un gesto hacia el teléfono, pero se detuvo.

—¿Entró a las nueve y media? Bien… ¡Ah! ¿Dijo eso? ¡Perfecto! Muchas gracias, Lewis… No, no; no ocurre nada. Adiós.

Colgó y mirando con ojos severos al joven expuso:

—Lewis afirma que entró usted anoche, a las nueve y media, diciéndole que tenía que quedarse toda la noche a trabajar. ¿Es eso cierto?

—¡¡No!! Además, señor director, reflexione un momento, por favor… Si yo hubiera entrado, sin salir, permaneciendo en el Instituto toda la noche, como lo he hecho muchísimas veces, pero siempre con su permiso, ¿cómo podía haberme visto Pietro entrar esta mañana si Lewis afirma que no salí?

Entrar, salir, no haber salido y haber entrado…

Las palabras daban vueltas en la cabeza del pobre Lorelli, que miraba ora al director, ora al profesor, con un movimiento igual al que haría si estuviese presenciando un partido de tenis.

Las cejas de Horroks se movieron.

—Todo esto es muy raro. Pero tendrá que convenir conmigo, Lambert, que el asunto es de la máxima gravedad.

—Sí, señor.

—Y que, mientras prevengo al Servicio de Información, he de rogarle que permanezca aquí.

—Lo comprendo.

El director se volvió al italiano.

—Y esto va también con usted, Lorelli.

—Estoy a su disposición, señor director.

—Gracias. Voy a convocar también al guardián de la noche. Hemos de repasar cuidadosamente, sin enloquecer, lo que ha ocurrido; será la única manera de ver claro en este maremágnum.

Lorelli suspiró, apenado ante la idea de perder su hermoso plato de macarrones.

Por eso, jugándose el todo por el todo, se atrevió a suplicar:

—¿Me permitiría decir a mi hija que me traiga la comida aquí, señor?

Horroks, que estaba distraído, repuso:

—Sí, tiene mi permiso.

—¡Gracias!

Y el rostro del viejo napolitano se iluminó, como si todos aquellos horribles problemas, el entrar y salir, el haber llegado estando dentro del Instituto, perdiesen totalmente su importancia ante la maravillosa perspectiva de poder comer su plato favorito.

Sin decir nada, miró a Lambert, pensando en que aquel día, con toda seguridad, el profesor le acompañaría.

«Recobrará el color en cuando los haya probado…» —se dijo, feliz al poder hacer algo por el pobre joven.

* * *

Dos días después, demostrada la inocencia de Lambert, el teniente Micklem, del Servicio de Información, tuvo que aceptar la tesis general:

Alguien, pareciéndose exactamente a Lambert, había entrado por la noche, como había afirmado Lewis, permaneciendo en el Instituto toda la noche, apoderándose de las fórmulas y saliendo cuando el verdadero Rudolph entraba, jugando con la buena fe de Pietro que, al ver que el profesor no había hecho más que entrar, le permitió abandonar el recinto sin pasar por la policía, que hubiera registrado su cartera y visto que los documentos secretos iban en ella.

Pero había aún otros detalles.

Porque, además del falso Lambert, algunos profesores se habían quedado aquella noche y cenaron con el «profesor», charlando y fumando en el comedor…, sin notar nada extraño que les hiciese sospechar que se trataba de otra persona.

Aquello era lo que más enfurecía al teniente.

Fue duro con los hombres que comieron con el falso profesor, les sometió a un interrogatorio feroz, pensando que, obrando de aquella manera, conseguiría hacerles recordar algún detalle que constituyera una pista por pequeña que fuese.

Pero fracasó.

Para aquellos hombres el Lambert que cenó con ellos era el auténtico, puesto que incluso había hablado de cosas que uno falso no podía conocer, sobre todo en el campo de la intimidad personal. Además todos recordaban, como si lo estuviesen viendo ahora, mil detalles que confirmaban plenamente que el profesor que estuvo

aquella noche a su lado no podía ser, en modo alguno, más que el Rudolph Lambert que ellos conocían desde hacía más de seis años.

Alan Micklem se sentía desesperado, no sabiendo qué camino tomar. Así, cuando hizo el informe, por duplicado, enviando una copia a Washington y otra al director del Instituto, se sintió defraudado, fracasado por completo al tener que confesar sinceramente en aquellas páginas que no era capaz de dar una explicación lógica a lo ocurrido.

En cuanto a Horroks, que estaba en su despacho con Donald Bougarde, después de leer el informe del inspector teniente Micklem, suspiró, encendiendo lentamente otro cigarrillo, como si prefiriese hacer aquello a decir, en voz alta, todo lo que experimentaba.

Finalmente, sin poder más, exclamó:

—¡Es terrible! Me pongo a temblar pensando en lo que decidirán en Washington cuando terminen los informes que les hemos enviado.

—¿Puedo expresarle mi opinión, señor?

—Todas las opiniones deben ser oídas.

—Estoy completamente convencido de que Lambert es inocente.

—¡Y yo también! ¡Vaya revelación que me ha hecho, Donald!

—Pero…

—Déjeme hablar a mi ahora, muchacho. Conocemos a Rudolph desde hace mucho tiempo y todos sabemos que es incapaz de hacer una cosa así; ya que, en el peor de los casos, si se hubiese dejado llevar por la tentación de una oferta, por ejemplo, de una potencia extranjera, no nos hubiese dicho absolutamente nada de su fórmula, de su proyecto, limitándose a prepararla para que sus compradores la comprobaran en sus laboratorios, sin exponerse a este disgusto.

—Naturalmente.

—Por eso, como usted, sin dejarle acabar lo que iba a decirme, porque adivino lo que piensa, creo que un hombre, extraordinariamente parecido a Rudolph, entró aquí y se llevó lo que deseaba. ¿No es eso lo que quería decirme, Donald?

Bougarde asintió.

—Sí, señor; eso exactamente. Lo que demuestra la inocencia de Lambert.

—¡Alto ahí, amigo!

Y después de una pausa continuó:

—Hay algo que complica las cosas, Donald: ese hombre, en efecto, no era el Lambert que nosotros conocemos y que es nuestro amigo; pero ¿cómo sabía el otro lo de la fórmula y conocía los hábitos del Instituto con tanto detalle como para entrar aquí igual que en su propia casa?

Donald palideció.

Las palabras del director, que no obstante seguía sin dudar de la integridad de Rudolph, llevaban en ellas una acusación terrible, que hacían que la situación del joven investigador se agravase horriblemente.

—Eso es lo que me hace temblar —siguió diciendo Horroks—. Porque Washington verá las cosas de una manera lejana, a pesar de todo lo que en mi informe se decía de la lealtad de Lambert.

—Lo comprendo.

La respuesta de Washington llegó veinticuatro horas más tarde. Y entre los párrafos de aquella decisión se leían unos importantes y decisivos:

«En vista de lo que del joven profesor Lambert se dice, nuestra resolución se limitará a la expulsión definitiva del Instituto, invalidándole todos sus títulos y prohibiéndole trabajar o colaborar en firmas o empresas que, directa o indirectamente, puedan trabajar en relación con los proyectos estatales…

»De la misma forma, el guardián Pietro Lorelli será expulsado del Instituto, abonándosele, en concepto de reparación por sus años de servicio, la cantidad de dólares…».

Y aquello era todo.

CAPÍTULO III

on dulzura Gina insinuó:

—¿Un poco más?

La voz de la joven hizo que Lambert levantase la cabeza, mirándola, pero con el pensamiento lejos de allí.

Pietro, por su parte, comía en silencio, sin levantar la vista del plato.

Poco a poco, la expresión ausente del rostro del joven fue dejando paso a una sonrisa, al tiempo que la imagen de la muchacha cobraba visos de realidad ante sus ojos.

Gina Lorelli era una muchacha hermosa, belleza italiana pura, que había guardado, a pesar de haber nacido en Estados Unidos, todos los tesoros de la raza latina. Era alta, esbelta, con un color oscuro de piel y unos cabellos negros, bellísimos, como sus ojos. Bajo ellos, una nariz un poco aquilina y una boca de carnosos labios, sin exageración de línea, pero sumamente atractivos.

—¿Un poco más? —insistió ella, mirando de reojo al plato de

macarrones que Lambert apenas había tocado.

—No, muchas gracias, Gina.

—¿Le preparo un poco de café, entonces?

La sonrisa de Lambert se amplió.

—Bueno. Quizá sea mejor. ¿No es verdad, Pietro? —agregó, volviéndose hacia el viejo.

—¿Eh?

Lorelli movió la cabeza, como si desease sacudir las ideas que se habían pegado a su mente; luego, saliendo de su ensimismamiento, dijo:

—¿Decía algo, profesor?

—Gina quiere darnos un poco de café. ¿Qué le parece?

—¡Ah! Bien, me parece muy bien…

Gina abandonó el coquetón comedor y los dos hombres se quedaron callados, sin mirarse.

Luego Pietro, fijando sus ojos en el rostro de Rudolph, inquirió:

—¿No cree usted, profesor, que deberíamos echarnos un poco a la espalda todo lo que ha pasado?

—Creo que tiene usted razón.

—¡Es natural! ¡Qué demonio! Después de todo, tenemos los dos la conciencia tranquila. Y, por otra parte, yo comprendo que esos tipos de Washington han tenido que hacer lo que han hecho. Su posición es delicada y no se pueden permitir equivocaciones.

Pero, además, han demostrado, al no encerrarnos en una prisión, que siguen teniendo confianza en nosotros… ¡Recontra! Eso me satisface más que nada y estoy seguro de que a usted le ocurre lo mismo.

—Sí, Pietro: me ocurre lo mismo. Sé que se han dado cuenta de que somos inocentes… relativamente. Pero el ser expulsado del Instituto, lo quiera o no, significa para mí un golpe espantoso.

—Lo comprendo. Yo, después de todo, no hacía nada importante ni estaba preocupado con todas esas cosas que ustedes hacían en el laboratorio. En tanto que usted…, trabajando para el bien del país, quemándose los ojos estudiando para ellos… ¡No hay derecho!

La llegada de Gina interrumpió los propósitos de su padre.

—¡Aquí está el café!

Lo sirvió, sentándose después a la mesa y lanzando miradas de soslayo al joven profesor.

¡Cuánto le hubiese gustado haber tenido el valor suficiente para preguntarle qué iba a hacer ahora!

Pero, con el temor de herirle, de remover su tristeza, se calló, sintiendo que la amargura de la vanidad de sus sueños se le aparecía, en aquellos momentos, más crudamente que nunca.

¿Para qué hacerse ilusiones?

Era una estúpida al haber dejado que ciertas ideas penetrasen en su mente. Porque ¿qué derecho tenía ella a pensar que un profesor como Lambert se fijase en una muchacha sin importancia, en un ser vulgar como ella era?

Su belleza no era motivo suficiente para que un hombre como Rudolph se fijase en ella, cuando había tantas encantadoras jóvenes, con muchos estudios, ricas, hijas de poderosos capitanes de industria que podían ofrecer al joven un porvenir más en consonancia con su propia personalidad.

Lambert, mientras tanto, con la taza de café en los labios, miraba también a Gina. Desde que la había conocido, se sintió impresionado por su fina y natural belleza, por la falta de afeites, que aquel rostro no necesitaba para nada.

Estuvo a punto de sonreír, sin poder contenerse, al fijarse una vez más en el lunar que ella tenía en la mejilla derecha. Y deseando evadirse de los tristes pensamientos que habían pululado en su cerebro hasta aquel momento, preguntó:

—¿Es natural ese lunar, Gina?

Sorprendida, alarmada por la inesperada pregunta, justamente cuando sus pensamientos estaban concentrados en la persona del profesor, la muchacha enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

Pietro, más natural, lanzó una gran carcajada.

—¡Bravo, profesor! Esa pregunta significa que está usted escapando al maleficio de todo lo ocurrido —se volvió hacia su hija —. ¿Y tú qué contestas, Gina?

Ella se había dominado un poco y hasta consiguió sonreír.

—¿Cree que me pintaría algo como esto, si no hubiese nacido con ello, profesor? —inquirió.

—Lo suponía —repuso Lambert—, aunque encuentro extraño que una muchacha no se pinte en esta época.

—Quizá lo haga algún día —dijo la italiana, enrojeciendo de nuevo y apresurándose para retirar el servicio del café e irse a la

cocina.

Una vez allí, sin poderlo evitar, dejó que las lágrimas corriesen por sus mejillas.

—¡Así deben gustarle a él! —dijo, en voz alta—. ¡Qué tonta soy! Me estoy preocupando por algo que no debía haberme interesado nunca…

Mientras en el comedor Pietro había encendido un habano.

—Mi hija —dijo, después de unos minutos de silencio— es una italiana de pies a cabeza. Y créalo: es mi orgullo y la alegría de mi vejez. Cuando la miro, recuerdo a María…

—¿Su esposa?

—Sí. Es su vivo retrato.

Iba a decir algo cuando sonó el teléfono con insistencia.

Gina apareció al momento descolgando el aparato antes de que su padre, que se había levantado, lo hiciese.

—¿Diga?

Escuchó unos instantes, volviéndose hacia la mesa y dijo:

—Es para usted, profesor.

—¿Para mí? —se extrañó Lambert.

No obstante, abandonó su asiento, yendo hacia el teléfono y cogiendo el aparato de las manos de la muchacha.

Luego preguntó:

—¿Diga?

La voz, en el micrófono del auricular, vibraba con una emoción intensa:

—Soy yo, Rudolph.

Era Bougarde y Lambert esperó a que su amigo hablase.

—Escucha —siguió el otro—: tengo que verte en seguida, inmediatamente.

—¿Ocurre algo?

—No quiero decirte nada por teléfono. ¿Dónde puedo verte?

Lambert reflexionó unos instantes.

Después dijo:

—¿Te acuerdas del «Palmarium»? Solíamos tomar una copa allí, algunas veces.

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Bien. Estaré allí dentro de cinco minutos.

—¡Gracias, Rudolph!

—Pero…

Fue a decir algo, mas el otro ya había colgado el aparato.

Lambert se disculpó con Pietro y Gina, pero tuvo que prometer que volvería otro día para comer.

—Casi no ha probado lo que Gina ha hecho, profesor —dijo el italiano—, y esto es una ofensa para ella. ¿Vendrá mañana?

—Lo prometo.

Y salió del piso de los Lorelli.

Éstos se quedaron un poco en silencio, cada uno hundido en el mundo de sus propias ideas.

Y fue Gina quien habló la primera:

—Es muy grave lo que ha ocurrido, ¿verdad, papá?

—Sí, hija mía. Para él la expulsión es mucho peor que si le hubieran condenado a muerte; sobre todo sabiéndose inocente.

Ella suspiró; luego, en italiano, exclamó:

—«Oh, ¡che peccato! Es cosí buono, cosí gentile»[1].

—Es una excelente persona. Y, en todo este asunto, mucho menos culpable que yo.

—¿Qué dices, papá?

—Lo que oyes. En justicia, él no ha hecho absolutamente nada; mientras yo…

—Pero…

—Sí, hija. Yo debía exigir que el falso Lambert pasase por la sección de policía. Era mi deber, mi obligación, aunque a mí me pareciese que acababa de llegar y que no podía haber dado más de media docena de pasos en el «*hall*», al otro lado de la puerta de cristal. «¡Ah, per Dio!». Si yo hubiera imaginado que aquel tipo era un farsante… ¡Lo hubiera destrozado entre mis manos! Pero obré como un idiota, como el mayor idiota del mundo, hija mía…

—Tú no podías saber…

—¡Déjate de lo que yo podía saber! De haber cumplido con mi obligación, no habría pasado nada. Por desgracia, el profesor Lambert ha sido siempre mi preferido, y por eso, nada más que por eso, ¿cómo podía yo imaginar que iba a ocurrir una desgracia tan grande?

—¿Eran iguales, papá?

—¡Como dos gotas de agua, «cara mia»! ¡Idénticos! ¡Fíjate si yo conozco al profesor! Pues bien, aquel granuja me engañó de tal

manera que hubiera llegado a invitarle aquí, a casa, para comerse los macarrones que tú preparas… ¡Así lo hubiese hecho para verle reventar aquí, en esta misma mesa!

* * *

El «Palmarium» era un bar discreto, con la única nota estridente de su decoración de oasis desértico, con sus palmeras metálicas y sus extraños frutos luminosos que pendían de las brillantes hojas.

A aquella hora, primera de la tarde, sólo unos cuantos clientes tomaban café en la larguísima barra, esperando el momento de reintegrarse a sus ocupaciones. Por eso Lambert, que llegó el primero, pudo escoger una mesa, al fondo, pidiendo una copa de coñac mientras esperaba a su amigo.

Momentos después, Donald penetraba en el local, buscando con la mirada al joven profesor, al que no tardó en ver, avanzando entre las mesas hacia la que Rudolph ocupaba.

Una vez junto a él, se dejó caer en una butaca, respirando ruidosamente.

Rudolph notó la palidez que cubría el rostro de su amigo; también se percató del temblor exagerado que animaba sus manos, de tal manera intenso que cuando el camarero le sirvió su copa, derramó parte sobre el platillo antes de llevársela a los labios.

Lambert tuvo también que tener paciencia para que el otro lograse encender el cigarrillo. Luego, tras unos minutos de pausa, Bougarde pareció calmarse, tomando las riendas de su torturado espíritu.

—Me da vueltas la cabeza, Rudolph.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una especie de pesadilla horrible. Algo semejante a lo que tú has pasado, aunque creo que muchísimo peor.

—Explícate.

El otro tragó saliva con visible dificultad.

Luego, con voz apagada, explicó:

—Verás. Ayer estuve toda la noche en el Instituto. El director me encargó unos trabajos, ya que estamos ordenando tus…

Lambert asintió, con un tono seco en la voz:

—Mis papeles. Lo comprendo, sigue.

Bien. Ya sabes que hay once patentes a tu nombre y teníamos que revisarlas todas, ya que, como lo otro…, estaban en la caja fuerte de tu laboratorio.

—Sí.

—Esta mañana, cuando salí del Instituto, volví, naturalmente, a casa. Y no puedes imaginarte mi sorpresa cuando, al entrar, vi que mi mujer me miraba con los ojos muy abiertos…

»—¿Habías salido, querido?, me dijo temblándole los labios.

»La miré con extrañeza.

»—¿Qué quieres decir, Evelyne?, pregunté.

»Y luego, como no dijese nada, continué:

»—Ya sabes que he pasado toda la noche en el Instituto, amor mío, agregué.

»Entonces ella tuvo que apoyarse en la pared, palideciendo intensamente. Yo la vi tan mal, que me abalancé hacia ella, cogiéndola en mis brazos. Luego la llevé a la cocina, preparándole una taza de café.

»No me dijo nada en un buen rato. Pero cuando el café hizo su efecto y los colores volvieron a sus pálidas mejillas, me miró, siempre con aquellos ojos tremendamente abiertos.

»Al cabo preguntó:

»—¿Me estaré volviendo loca, Donald?

»Me estremecí.

»—¿Por qué dices eso, querida?

»Ella estaba empapada de angustia y un sudor frío perlaba su frente.

»—Esta noche, querido…, me dijo con una voz apenas audible, te he servido tres veces café y he estado cosiendo a tu lado, en el despacho, mientras tú trabajabas intensamente con tus papeles…

»Se echó a llorar y yo sentí que algo amargo me subía a la boca. Después fuimos al despacho y pude comprobar que había dicho la verdad. Parte de mis notas estaban aún sobre la mesa, notas que no había revisado desde hacía meses. También estaban allí las tazas y la cafetera y un cenicero, que había quedado limpio el día anterior, repleto de una montaña de colillas.

Guardó silencio y Lambert le miró, interesado por primera vez desde que había empezado a hablar.

—¿Te das cuenta? —inquirió, angustiosamente, el otro—. ¿Te

das cuenta? —repitió.

—Sí —repuso Lambert.

Y después de una pausa murmuró:

—¿Qué te dijo tu esposa cuando todo se aclaró?

—¡Nada se aclaró, amigo mío! Ella creyó haber tenido una alucinación y tenía miedo de haberse vuelto loca.

—¿Tomó al otro por ti?

—¡Claro! Eso fue lo que me hizo recordar tu caso, mucho más grave ahora, en el mío. Porque tú fuiste identificado, en equivocación completa, por gente que te conoce muy bien, pero que… —sus ideas saltaban una a la otra, bruscamente—. ¡En mi caso es mi propia esposa la que permanece toda la noche junto a un hombre extraño, al que toma por su marido! ¿Te percatas de todo el horror que hay en esta situación? Evelyne me conoce y no ha podido equivocarse a menos que el otro fuese idéntico a mí, que hablase y obrase como yo, sin ninguna equivocación. Y, lo que es más horrible, conociese mi casa, mis costumbres y hasta mis carpetas donde nadie, excepto yo, ha tocado jamás.

—También el mío conocía la clave de mi caja y los papeles que había dentro.

Donald abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué es lo que está pasando, Rudolph?

—No lo sé.

—Yo tengo una cantidad de dudas horribles. Porque no sé qué hacer. ¿Crees que debería hablar de esto al director?

—No.

—¿Por qué?

—Porque te convertirías en otro como yo: te echarían como medida preventiva.

—¿Y qué puedo hacer?

Lambert encendió un cigarrillo antes de contestar.

Luego preguntó:

—¿Había cosas importantes en tus carpetas?

—Sí y no… Tenías algunas notas sobre tu proyecto antigravitatorio…

—¿Eh?

Bougarde enrojeció un poco.

—Verás. Tú y yo hablamos de eso hace tiempo; en realidad, no

me dijiste mucho y no hiciste más que exponerme la idea de una manera general. La cosa me fascinó y al llegar a casa tomé unas notas, ya que tu proyecto me tenía en vilo…

—Pero recuerdo que escribí unas fórmulas cuando charlamos juntos.

—Sí.

—¿Las tenías también entre tus notas?

Donald bajó la cabeza.

—Sí —confesó, con voz apagada.

Hubo una larga y penosa pausa, que fue rota por Lambert para exponer:

—El asunto es muchísimo más grave que lo que piensan en Washington. Estoy plenamente convencido de que se ha establecido en Estados Unidos una red de espionaje como nunca ha existido, dotada de una serie de hombres que son capaces de disfrazarse hasta el punto de hacerse pasar por uno de nosotros mismos.

—¡Pero si han engañado a mi mujer!

—Eso quiere decir que sus procedimientos son perfectos.

—¡Estoy horrorizado!

—Y es para estarlo. Aunque creo que, por el momento, no debes decir nada a Horroks.

—¿Y si ocurre algo peor?

—No será contigo. Esa gente te ha sacado ya el jugo, con la intervención de su agente, anoche, en tu casa. Su objetivo es otro.

—¿Cuál?

—Yo. Ahora saben que, además de las fórmulas que se llevaron, estaba yo estudiando un procedimiento físico que es mil veces más importante. Al conocerlo, parcialmente, por las notas que han robado de tu casa, me buscarán; de eso no hay duda alguna.

—¿No crees qué deberíamos ir con esta historia al jefe del Servicio de Investigación?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me rodearían de policías o hasta me encerrarían para estar seguros de que nada saldría de mí.

—¿Entonces?

—Es mejor esperar. Justamente, lo que han hecho nos hace entrever un poco sus proyectos. Yo abriré bien los ojos y estaré

preparado. Y cuando se acerquen a mí, como lo espero, para hacerme directamente proposiciones, ya que ahora no ganarían nada sustituyéndome, les prepararé un lazo en el que caerán irremisiblemente. Son gentes audaces, que no vacilarán.

—Me das miedo. Yo no estaría tan tranquilo como tú.

—No temas. Ahora soy un expulsado, un hombre que no puede trabajar en parte alguna y al que hay que ofrecer laboratorios para seguir experimentando. Y eso será lo que me ofrezcan; laboratorios y dinero. Piensan que todo hombre tiene su precio, y creen conocer el mío.

—¿Crees que se trata de los… rusos?

Lambert se encogió de hombros.

—Eso es lo que menos me importa. Sea quien sea, lo que me interesa es que me paguen, en buena moneda de justicia, el mal que me han hecho…

Cerró los puños y con voz sorda añadió:

—Y de que me lo pagarán puedes estar completamente seguro. Aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

CAPÍTULO IV


udolph conducía despacio. La noche era magnífica y en el cielo, sin luna, las estrellas refulgían con un brillo intenso.

Había abandonado el tráfico nocturno de la ciudad y tomando la pista de Pasadena, después de dejar Hollywood a la derecha, siguió el curso de la carretera, que ahora era paralela al mar.

Gina, a su lado, permanecía silenciosa.

Tampoco él había despegado los labios.

En realidad, no podía dejar de pensar en todo lo que le había ocurrido y en lo que esperaba que aconteciese. Estaba completamente seguro de que no habían terminado con él y que cuando leyesen las notas de las que se habían apoderado en la casa de Bougarde, se darían cuenta de que lo del nuevo carburante no era nada comparado con el proyecto de la antigravitación en el que había trabajado durante los dos últimos años.

Lo que más maravillaba a Lambert era la audacia de aquella

gente y el cuidado con que lo habían preparado todo, molestándose en buscar agentes que se pareciesen, como una gota de agua a otra, a los hombres cuyos estudios se proponían conocer.

¡Era sencillamente fantástico!

El mar era una masa negra a la izquierda y ahora la carretera dejaba entrever la mancha clara de las playas que se sucedían, sin descanso, a lo largo de la costa.

Recordando entonces que había sacado a Gina, invitándola a cenar para dar después un largo paseo, Rudolph sonrió, pensando en la manera de comportarse, tanto en el restaurante como en el coche.

—Ha de perdonarme —dijo, volviéndose a medias.

Ella, que le miraba de reojo, se volvió, a su vez.

Y sonriéndole repuso:

—Comprendo muy bien lo que le ocurre, profesor.

—¡Por favor! ¿No cree que ya es tiempo de dejar ese tratamiento entre nosotros? ¡Llámeme Rudolph, por favor!

—Bien.

Después él, ya más tranquilo, dijo:

—Es verdad que estoy preocupado; pero le aseguro, Gina, que, al mismo tiempo, estoy avergonzado de comportarme de una manera tan ineducada con usted.

—Le dije antes que le comprendía…, Rudolph.

—No importa. Un hombre, cuando invita a una muchacha como usted, debe olvidar todo lo que le preocupe, por muy importante que sea esto.

La sonrisa se amplió en los hermosos labios de la muchacha.

—¿Usted cree? —inquirió, con un tono jocoso en la voz.

Lambert se sintió turbado, sin saber exactamente por qué. Le molestaba pasar tan rápidamente de un estado anímico a otro tan diferente; pero, sin engañarse, hubo de confesarse que desde que conocía a la muchacha no podía evitar aquellas ideas.

—Escuche, Gina —dijo, después del breve silencio que siguió a las palabras de ella—: no puedo ocultarle que mis sentimientos hacia usted van tomando un sentido…, digamos especial.

Ella se ruborizó, no atreviéndose a despegar los labios.

—Naturalmente —prosiguió él—; las cosas han cambiado mucho y ahora no soy el de antes. También es muy probable que no lo

vuelva a ser nunca más…

—¡No diga eso; por favor!

—No tenemos que rehuir la realidad, Gina. Una de las buenas cosas que un hombre de ciencia aprende en seguida es a considerar la realidad como algo que se le impone desde el primer momento; después de todo, la ciencia no es más que eso: investigación para lograr acoplar la vida humana a la realidad de la naturaleza.

Hizo una pausa; luego prosiguió:

—Y como iba diciéndole antes, no puedo ofrecerle nada interesante. Por eso, querida amiga, todo lo que le he dicho hasta ahora es hueco, no tiene el profundo sentido que hubiera poseído hace apenas unos días.

Ella le miraba francamente.

Y con un tono de voz que le conmovió, la muchacha dijo:

—No le entiendo muy bien, Rudolph: habla usted de una manera extraña para una chica como yo. Creo que olvida usted lo que soy y se cree al lado de una de esas damas que acostumbraba a ver en las reuniones sociales de la ciudad…

—Pero…

—Déjeme seguir, por favor. Yo no soy más que una pobre muchacha, sin cultura apenas, hija de un modesto guardián. Somos gente sencilla, amigo mío. Y usted lo sabe. Pero es muy posible que sepamos, sin necesidad de explicarlo con palabras complicadas, sentir como les demás… o más profundamente que ellos.

—Lo sé.

Gina abrió los ojos, asombrada.

—¿Lo sabe? ¿De verdad?

—Sí, Gina. Y eso es precisamente lo que me encanta en usted. No vaya a creer que lo que usted llama complicaciones sociales sea algo elevado y especial: la mayor parte de las veces, puedo asegurárselo, todas esas complicaciones no son más que una cosa: hipocresía.

Había detenido el vehículo y de mutuo acuerdo, sin decirse nada, lo abandonaron, marchando sobre la playa hasta llegar muy cerca del agua.

Se sentaron de cara al mar.

La brisa era tensa, como un velo de gasa que apenas se sintiese sobre la piel.

El silencio fue largo y los dos miraron hacia la hondura negra del océano, callados pero unidos en una comunión de ideas comunes, idénticas, sinceras… nobles…

—¿Se da usted cuenta, Gina, de lo poco que soy ahora? —dijo él, de repente.

Los profundos ojos de la bella italiana se volvieron hacia el hombre mirándole intensamente. Y cuando Lambert se miró en ellos le pareció que habían robado toda la serena profundidad de las aguas del mar.

—Usted es siempre el mismo.

—¿De veras?

—Sí. Un hombre, creo yo, no cambia porque el dolor lo agobie o la desgracia se cebe en él. Y me refiero a un hombre de verdad, como usted, capaz de no dejarse llevar por un contratiempo, por importante para su vida que sea éste.

—Es usted maravillosa…

Ella no dijo nada ahora y volvió, seguramente para ocultar su rubor, la mirada al mar.

La mano de Lambert, que estaba posada sobre la fina arena, buscó la de la muchacha, apretándosela y sintiendo el frió de la piel de ella, que no la retiró.

—Gina…

La llamó con voz ahogada, como si su garganta fuese incapaz de dejar pasar algo que no fuese aquel murmullo.

De nuevo volvió ella la mirada hacia él. Y Lambert pudo ver las lágrimas que caían dócilmente de los ojos de la italiana, poniendo líneas plateadas sobre sus mejillas.

La estrechó entre sus brazos.

—¡Querida! ¿Por qué lloras?

Ella no contestó, abandonándose en los brazos de él por toda respuesta. Para Gina todo aquello era maravilloso y hacía que el sueño que acarició escondido tanto tiempo en su mente se convirtiese, como en los cuentos de hadas, en una hermosa realidad.

Por eso calló, esperando, como así ocurrió, que los labios fríos del hombre se posasen sobre los suyos, candentes como ascuas…

* * *

Lambert se levantó tarde; pasó a la ducha, extrañándose de encontrarse silbando una canción de moda.

Sonrió.

Porque era verdad que se sentía feliz, dispuesto como nunca a llevar a buen puerto la lucha que suponían sus proyectos de rehabilitación.

Había bastado que algo le sonriese, que encontrase un apoyo como Gina, para que se sintiese otro, dejando a un lado todo el pesimismo que los acontecimientos de la última semana habían puesto en su espíritu.

Ahora, mientras dejaba que el rasurador eléctrico zumbase suavemente sobre su piel, se dijo que, como nunca, su plan le parecía el más lógico y que «ellos», fueran quienes fuesen, no tardarían mucho en acercarse nuevamente a él, deseosos de ofrecer cualquier cosa para conocer sus estudios sobre el procedimiento de desgravitación.

¡Era lo que deseaba con más ardor!

Porque se prestaría a cualquier cosa, aceptando todo para poder, en el momento oportuno, entregar a los servicios de información y contraespionaje a los que no habían dudado en hundirle para lograr sus propósitos.

Volvió a sonreír.

Y fue entonces, al intentar anudarse la corbata, cuando el timbre del teléfono se dejó oír.

Lambert, mirando al aparato, frunció el entrecejo.

¿Era posible que ya…?

Esperó unos instantes, antes de descolgar el teléfono.

—¿Diga?

—Aquí el Instituto de Investigaciones Atómicas… ¡Un momento, por favor! ¡Van a hablarle en seguida, profesor Lambert!

Rudolph sintió que su corazón se ponía a latir más aprisa que de costumbre. Pero, momentos más tarde, cuando, la voz archiconocida de Sam Horroks sonó al otro lado del hilo, tuvo que apoyarse en la mesita donde reposaba el teléfono.

—¡Hola, muchacho!

—Ho… la —tartamudeó él.

—Extrañado, ¿eh?

—Un poco, señor…

—¡Bien! Vayamos al grano, Lambert. Acabo de recibir instrucciones, que contestaban a un informe especial que envié a Washington sobre usted. Y tengo el honor de decirle que todo ha quedado olvidado y que debe reintegrarse a su laboratorio en el menor plazo posible.

Las palabras se anudaron en la garganta de Lambert.

—¿No me dice nada, muchacho? —insistió el otro al otro extremo del hilo.

Haciendo un esfuerzo colosal, Rudolph logró deshacer aquel nudo. Y con una voz en la que filtraba la emoción que sentía, repuso:

—Estoy no sé cómo, señor. Ya comprenderá la emoción que…

—¡Lo comprendo, Lambert! Algo así me pasó a mí cuando leí las instrucciones de Washington. He de confesarle, muchacho, además, que no he dormido tranquilo desde que ocurrió aquello. Estaba perfectamente convencido de su inocencia.

—¡Gracias, señor!

—No debe dármelas, Lambert: es simplemente justicia. Ya sabe que conozco a mis hombres mucho más que los de Washington pueden suponer. Lo suyo fue un golpe terrible y ahora, que ya está todo arreglado, vuelvo a sentirme en mis cabales. De verdad.

Lambert seguía luchando con aquella oleada de emoción que le inundaba por todas partes.

Recordando entonces la noche anterior, sintió que algo cálido le penetraba en las venas.

—¿Podría concederme una hora, señor?

—Bien, pero regrese a casa. Enviaré un coche a buscarle. Así reza en las instrucciones que he recibido. ¿Cuándo estará ahí?

—Dentro de una hora… —consultó su reloj—. A las once, señor.

—Perfectamente. ¡Y enhorabuena, muchacho!

—¡Muchas gracias!

El otro colgó, pero Lambert permaneció con el auricular en la mano, sin saber qué hacer, como si se hubiera convertido en una estatua.

¡Santo Dios!

Todo aquello le parecía imposible y de sonar aún en sus oídos las palabras que Horroks acababa de pronunciar, hubiera creído haber soñado.

Salió de la casa y saltó al coche, dirigiéndose, con peligro de una multa por exceso de velocidad, hacia la vivienda de Pietro, en la que penetró como una tromba.

—¡Gina! —llamó.

Ella se lanzó a sus brazos y sólo después de haberla besado apasionadamente, se separó de ella.

Frunció el entrecejo, preguntando:

—¿Y tu padre?

—No está. Recibió noticias de su hermano gemelo, Luigi, desde Italia, y ha ido a visitar a unos amigos, para los que tío Luigi ha enviado algunos encargos.

—¡Vuelvo al Instituto, querida!

—¡No!

—Sí. El viejo Sam acaba de llamarme y me ha comunicado que ha recibido órdenes de Washington para que me admitan de nuevo en el Instituto.

—¡Qué feliz soy, amor mío!

—Y yo también. Ya comprenderás lo que mi trabajo significa para mí…, ¿verdad?

—Lo sé y doy gracias a la Virgen por haberte concedido esta alegría.

Una especie de estado febril se había apoderado de él.

—¡Ahora todo cambiará, Gina! —exclamó, con acento vehemente en la voz—. ¡Ya no soy un expulsado un hombre sin porvenir! ¡Puedes irte preparando, cariño!

—¿Preparándome?

—¡Naturalmente! Dejaremos pasar este mes, hasta que haya puesto al día unos trabajos que tengo pendientes. Luego, en los primeros días del próximo mes… ¡¡nos casaremos!!

Ella sonrió y sus mejillas enrojecieron intensamente.

—¿No te alegras, Gina?

Las lágrimas brotaron dócilmente de los ojos de la italiana.

—No sé qué decir, Rudolph…, ¡me siento tan rara!

Él la atrajo hacia sí y apretándola contra su pecho, dijo:

—Yo también estoy como loco, amor mío. No creo que haya habido hasta ahora un día como éste en toda mi vida: es decir, si exceptuamos la otra noche…

—¡No seas tonto, Rudolph!

—¡Puedes llamarme lo que quieras! ¡Lo que quieras! Hoy soy tan dichoso que hasta permitiría que me pegasen, que me insultasen. Porque estoy completamente seguro de que nada haría mella en mi espíritu.

Momentos después salía de la casa de los Lorelli, regresando a su domicilio, donde esperó la llegada del coche que Sam le había anunciado.

En efecto, momentos antes de que tocasen las once, el timbre de la puerta sonó y Lambert corrió, iluminándose su rostro al ver la sonriente cara de su amigo Bougarde.

—¡Donald! —exclamó estrechando con efusión la mano de su amigo.

—Vengo por ti. Sam me lo ha explicado todo y le he rogado encarecidamente que me dejase venir a buscarte.

—¡De acuerdo! ¡Vamos!

Instantes más tarde, Lambert tomaba asiento en el coche, al lado de Bougarde, cerrando los ojos para que la felicidad le envolviese como un halo cálido y agradable…

CAPÍTULO V



e esperaba un plan de trabajo intenso en el Instituto. Se dio cuenta, nada más llegar, de que Washington deseaba que se encargase de terminar cuanto antes sus trabajos sobre desgravitación.

—Compréndalo —le había dicho el director al recibirle—. Estamos seguros de que hay un país que se interesa mucho por eso. Es por lo que hemos tomado algunas serias medidas, ya que no estamos dispuestos a que ocurra de nuevo lo que usted sabe.

—Lo comprendo.

—Bien. Hemos instalado, al lado de su laboratorio, una habitación para usted, con todas las comodidades. Si necesita algo más, no tiene más que pedirlo.

—Pero…

Horroks le miró fijamente.

Después preguntó:

—¿Qué, Lambert?

—Verá…, yo estoy de acuerdo con las medidas de seguridad tomadas sobre mi persona y que encuentro completamente normales…

—¿Entonces?

—Es que tengo novia, señor…

Horroks sonrió.

Y con todo afecto paternal, poniendo su poderosa diestra sobre el hombro del joven investigador, inquirió:

—¿Quién es, Lambert?

—La hija de Pietro Lorelli, el antiguo guardián del Instituto, el que fue expulsado al mismo tiempo que yo…

El director frunció el entrecejo y el joven pudo leer con claridad las ideas que en aquellos momentos debían estar desfilando por la mente de su jefe. Era natural que sospechase de unas relaciones en las que se veía envuelto un hombre como Pietro, que había dejado salir al falso Lambert, sin hacerle pasar por el departamento de seguridad.

Pero el rostro de Horroks terminó por desarrugarse.

Y con una sonrisa bonachona, decidió:

—¡De acuerdo!

Los ojos de Rudolph brillaron como ascuas.

—¿Me dejará salir para verla, señor?

—No, pero dejaré que ella venga a verle una vez por semana.

—¡Agradecido!

—No se preocupe por eso. Lo que debe hacer es ponerse a trabajar inmediatamente. Washington está impaciente por conocer sus trabajos con un resultado positivo. ¿Cuánto cree que tardará en ultimarlos?

—Unas cuatro semanas.

—¡Excelente! ¡A trabajar, Lambert!

—Bien, señor.

Y empezó a trabajar.

Lo hizo con ardor, utilizando constantemente el cerebro electrónico que habían puesto a su exclusiva disposición.

Dos días después, Donald apareció en su laboratorio, sonriente, como siempre.

—¿Cómo va eso, genio? —le preguntó.

También sonrió Lambert y acercándose a su amigo, exclamó:

—¡De primera! He avanzado una enormidad. Pero, con toda franqueza, debo confesarte una cosa…

Bougarde frunció el ceño.

—No irás a decirme que has fracasado, Lambert, ¿verdad?

—No. Lo que tengo que decirte es aún más sencillo: ¡estoy cansado, Donald, y no puedo más!

El otro sonrió.

—¡Me habías asustado!

—Deseo descansar un día entero y voy a ver a Sam, pues me había prometido dejar venir a Gina.

—Ya me había hablado el director de ese asunto… ¡No tienes mal gusto, granuja!

Lambert esbozó una sonrisa, complacido.

—Lo que he tenido, más que buen gusto, amigo Donald, ha sido suerte, muchísima suerte. Gina es una mujer mucho más completa de lo que ella misma cree.

—Estoy seguro de que serás muy feliz con ella.

—Gracias, amigo.

Bougarde acompañó al otro hasta las proximidades del despacho del director. Percatóse entonces el joven de que las ventanas estaban herméticamente cerradas.

Y volviéndose a su compañero, indagó:

—¿Por qué han cerrado las ventanas, Donald?

—Es muy sencillo: estás aquí tú.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que eres el tesoro del Instituto, Lambert! Y que no podemos permitir que alguien, que se te parezca más o menos remotamente, nos haga una jugadita como la de marras. ¿Comprendes ahora las precauciones tomadas?

—Perfectamente.

—Washington no quiere que lo que tú sabes vuelva a repetirse y se han tomado por ello cuantas medidas se han creído convenientes. Estás completamente seguro y nadie vendrá a molestarte hasta que termines tu trabajo.

—¡Ya tengo ganas de que eso suceda!

—¿Te falta mucho?

—Un par de semanas; pero, hablándote con toda claridad, estoy harto de encontrarme encerrado aquí. Por otra parte, prometí a

Gina que nos casaríamos a primeros del mes próximo.

—Podrás hacerlo. Estoy seguro.

—Yo también. Voy a ver al viejo. ¡Hasta luego!

—Adiós, Rudolph.

Sam estaba trabajando, y sonrió, levantando la vista de su mesa, atiborrada de papeles, al ver entrar al joven.

—¿Algo nuevo, Lambert?

—Deseaba descansar hoy, señor…, y ver a mi prometida.

—Perfectamente. Voy a llamarla por teléfono y la diré qué puede venir en cuanto lo desee.

—¿No podría salir al jardín a buscarla, señor?

La mirada de Horroks se hizo severa.

—No, Lambert; lo lamento pero no puedo consentirlo.

—Pero…

—Dejemos eso, por favor. La triste experiencia que pasamos, hace unas semanas, no nos deja lugar a dudas. Le aseguro que en cuanto nos haya entregado las fórmulas de desgravitación, podrá salir a lo que quiera y adonde desee:

—Bien. ¿Dónde debo esperar a mi prometida?

—En el saloncito de arriba. Es un sitio encantador, y haciendo abstracción de los cuadros de química que hay en las paredes, creo que podría tomarse por una habitación para enamorados. Nos perdonará, ¿verdad, Lambert?

—Indudablemente, señor.

—Muchas gracias. Washington sabrá, estoy más que seguro, agradecer su preciosa colaboración y los sacrificios que a su libertad personal impone la importancia de los trabajos en curso.

La espera se le hizo larguísima. También estaban cerradas las ventanas de la salita donde debía reunirse con Gina. Y, de no haber sido porque la esperaba, porque iba a estar con ella, a su lado, después de varios días de no verla ni oírla, no hubiese podido resistirlo.

Se daba cuenta ahora de todo lo que la muchacha significaba para él y cómo su presencia y su recuerdo llenaba los grandes espacios huecos de su vida, que antes habían permanecido en una ignorancia completa para él mismo.

Cuando oyó el taconeo ágil de la italiana, no pudo contenerse y corrió hacia la puerta, abriéndola justamente cuando ella llegaba al

umbral.

Se abrazaron, permaneciendo así durante largo tiempo. La emoción que experimentaba Lambert estaba impregnada de una serie de sensaciones raras, que no había conocido hasta aquel momento.

—¡Gina! ¡Amor mío! —exclamó, llevándola a uno de los butacones y sentándose frente a ella.

La muchacha le sonrió con un aire de tristeza que él bien conocía.

—Ha sido muy largo, querido…

—¡No me lo digas! Ahora, aunque te parezca una barbaridad, me fastidia ser lo que soy y ocuparme de cosas que son tan importantes para todos. Quisiera ser cualquier cosa: un simple pescador, un negociante; en fin, alguien que pudiera llevar una vida normal y estar a tu lado el mayor tiempo posible.

—Un poco de paciencia, cariño…

—¡Paciencia! Nunca tuve tanta, Gina. Pero temo que no pueda resistirlo…

—No digas eso. Yo, te aseguro, estoy orgullosa de ti. Porque sé que triunfarás y que muy pronto podremos estar juntos, sin que nada ni nadie pueda separarnos…

La cogió de las manos, estrechándolas cariñosamente entre las suyas.

—¿Has dicho algo a tu padre?

—Sí. Se lo dije antes de que marchase.

—¿Eh? ¿Que se ha ido?

—Sí. Te hablé de su hermano, en Milán… Está enfermo y le ha reclamado a su lado.

—¿El hermano gemelo?

—Sí.

Lambert torció el gesto.

—¡Qué lástima! Me hubiera gustado verle y decirle lo que sabes. ¿Tardará mucho en volver?

—No lo sé de cierto, aunque no creo que sea mucho.

Hubo una pausa; después, Lambert dijo:

—Lo que no entiendo es cómo me han readmitido y no han hecho lo mismo con él. Al demostrarse que yo era inocente…

Ella hizo un gesto, deteniéndole.

—Es distinto, cariño. Papá dejó marchar a tu doble y cometió una falta difícil de perdonar; pero, por lo que más quieras, dejemos de hablar de todo eso.

—Perdona. He sido un estúpido al recordarte cosas tristes…

Ella le sonrió, y soltando una de sus manos la pasó por el rostro del joven, acariciándole amorosamente.

—No tengo que perdonarte nada. Estar aquí a tu lado me compensa de todo lo pasado. Y estoy segura de que le ocurrirá lo mismo a papá. Ahora, lo que deseo es que acabes cuanto antes tu trabajo y puedas llevarme contigo… para siempre.

—Será muy pronto. Estaba un poco cansado, quizás apenado por no verte. Pero ahora será muy distinto…

—¿De verdad?

—Sí. Trabajaré sin descanso, como un loco. Y reduciré el tiempo, para ver si dentro de una semana he terminado con esas endiabladas fórmulas.

—¡Pobrecillo! Yo no puedo ni imaginar lo que haces, pero debe ser horriblemente complicado.

—¡Qué va! Además, a partir de este momento y después de haberte visto, las complicaciones caerán una tras otra, porque no les voy a dar ni un solo respiro…

—¡Pronto estaremos juntos!

La llegada de un camarero del Instituto con un servicio de té y pastas interrumpió el diálogo.

Merendaron alegremente, comentando los acontecimientos que iban a producirse en cuanto él acabase sus trabajos.

—Es muy posible que te den la Medalla del Congreso —dijo ella.

—No me importa nada —repuso él—. Mi premio eres tú y…

Se detuvo a media frase, palideciendo.

—¿Te ocurre algo, querido? —inquirió ella, alarmada.

Lambert sonrió, haciendo un verdadero esfuerzo por dominarse y logrando, poco después, que el color natural volviese a su rostro:

—No, no es nada, querida. Quizás el exceso de trabajo.

Ella frunció el ceño.

—¡Al diablo con el trabajo! Olvida todo lo que te dije antes, Rudolph. No debes trabajar tanto. Nunca soportaría que por terminar antes cayeses enfermo.

—No te preocupes…

No consiguió, durante todo el tiempo que aún estuvieron juntos, dominar «aquello» que se había desencadenado de pronto, con la viveza de un relámpago, en su mente.

De todos modos, hizo todo lo posible para que la muchacha no notase demasiado el cambio que se había producido en él. Y al despedirla, en el «*hall*», volvió a mirarla, sonriendo con franqueza.

—¡Trabajaré mucho, amor mío, para que esta espera nos sea a los dos mucho más corta!

—Cuídate, sobre todo.

Lambert regresó al laboratorio, dejándose caer en el sillón de su mesa de trabajo, mirando la pulida superficie del cerebro electrónico sin verlo, con la mirada vaga y perdida lejos de allí.

Luego, al concretar sus ideas, la sensación dispersa que experimentaba se convirtió en algo macizo, aplastante…

¡¡El miedo!!

Un miedo atroz, incontenible; algo que estaba a su alrededor, mezclado con el aire que respiraba y que penetraba con él hasta los más íntimos y recónditos recovecos de su cuerpo.

¿Se estaría volviendo loco?

Rechazó tal idea con una fuerza que demostraba palpablemente la energía que aún había en él. Y, comprobando aquello logró tranquilizarse un poco, llegando a examinar la cuestión con un espíritu distinto.

Todo se había desencadenado cuando se dio cuenta de que Gina… ¡no era Gina!

Porque no podía caberle duda alguna de que aquella mujer, a pesar de su extraordinario parecido con la que él amaba, no era la misma, puesto que el lunar de su rostro estaba «a la izquierda».

¿Era posible que, a pesar de todas las precauciones que el Instituto había tomado, ellos…?

La sensación de peligro se agudizó.

Se levantó, como sí el asiento del sillón ardiese. Y corrió hasta encontrarse dentro del despacho del director, que frunció el entrecejo mientras su colaborador le explicaba lo ocurrido.

—¿Está seguro de que esa mujer no es su prometida, Lambert?

—Seguro. Ya le he dicho lo del lunar.

—Un momento…, vuelvo en seguida.

Rudolph fumó dos cigarrillos esperando a su jefe. Y cuando éste

regresó sonriente, inquirió con ansiedad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me había provocado usted un pánico terrible, muchacho.

—Pero…

—Usted mismo lo comprobará —y señaló el teléfono—. ¿Tiene la amabilidad de pedir una conferencia con Los Ángeles, al número de Gina? Seguro que ya habrá llegado allí.

Lambert obedeció, notando que tenía las manos húmedas de sudor. Y cuando, unos momentos después la telefonista le puso en comunicación:

—¿Diga? —inquirió la acariciadora voz de Gina.

—Soy yo, querida: Rudolph.

Ella rió al otro extremo del hilo.

Después habló.

—Tu director me ha llamado hace unos instantes, amor mío. ¡Qué estúpida y presumida fui!

—No te entiendo.

—Escucha: hace algún tiempo me preguntaste si mi lunar era natural…

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Dijiste que sí…

—¡Pues te mentí! En realidad, cariño, no quería hacerlo: pero en aquel momento, de sopetón, tuve que mentirte… Era una cosa que cualquiera otra mujer hubiese hecho, en las mismas circunstancias, comprendes, ¿verdad?

Y como Lambert no supiese qué decir.

—¡Te ruego que me perdones, Rudolph! —suplicó Gina—. Es una tontería sin importancia y no quiero que pienses más en ello. Esta mañana, al decirme que podía visitarte, estaba tan emocionada, tan alocada, tan no sé qué…, que me pinté el lunar al otro lado. ¿Me perdonas, Rudolph?

Lambert sonrió.

Todo aquello, después de todo, no demostraba más que una cosa; sus nervios no estaban bien desde lo sucedido antes. Y veía fantasmas por todas partes.

—No volvamos a hablar de ello, Gina. Pero, francamente, llegué a sospechar que eras otra…

La voz de la muchacha se hizo dulcísima.

—¡Tontuelo! ¿Cómo has podido imaginar esas cosas? ¿Crees,

acaso, que otra mujer puede sentir lo que yo experimento por ti? ¿Es posible que puedas imaginar que alguien podría saber las cosas que yo sé respecto a ti y que sólo sabemos los dos?

Era la razón misma, la lógica más elemental.

—Perdona, cariño. Estaba nervioso.

—¿Estás solo?

—No, pero…

—Es igual. Te lo diré en voz baja… ¡Te quiero, Rudolph! ¡Te quiero como nunca creí que se podía querer en la vida! ¡Adiós, amor mío!

CAPÍTULO VI



a cosa sucedió hacia medianoche, al menos era aquélla la hora que marcaba el reloj que había sobre la mesilla de noche.

Se despertó bruscamente, atado aún a las imágenes oníricas que habían poblado su mente durante un tiempo imposible de calcular. Y al sentarse en el lecho, después de haber encendido la luz, mirando cuanto le rodeaba, era como si la mitad de su ser se hallase allí y el resto permaneciera hundido todavía en el curso del sueño del que no había logrado librarse en aquellos momentos.

¿Sueño?

Repasando todo, se iba dando cuenta, al tiempo que se despabilaba por completo, de que no lo era. En realidad, había estado pensando, dormido, repasando todo, cuidadosa y detalladamente, sin dejar nada sin analizar, sin disecar, movido por una ansia loca de ver un poco claro en todo aquel misterioso asunto.

Y ahora…

—Sí…, la verdad es que no estaba seguro de nada: absolutamente de nada.

Ni de sí mismo.

Al recordar lo que le había ocurrido a Donald; mejor dicho, a Evelyne, su esposa, se dio cuenta de que podía haberle pasado igual a él con Gina, la Gina que le había visitado.

¿Y si realmente no fuese la verdadera?

Los «otros» habían demostrado poder engañar con facilidad, en todos los casos, incluso en los más difíciles.

¿Entonces?

Saltó del lecho, dispuesto a hablar con el jefe inmediatamente. Tenía ganas de verter lo que llevaba dentro en alguien que le escuchase. Por otra parte, temblaba de miedo al pensar que una falsa Gina pudiera provocar algo tan horrible como lo que había pasado cuando apareció el doble suyo.

Se vistió apresuradamente, anudándose la corbata de cualquier forma. Luego, saliendo de la habitación, empezó a andar por el pasillo desierto y parcamente iluminado.

Fueron inútiles los golpes que dio en la puerta del despacho de Horroks, ya que nadie le contestó.

Y era natural, porque a la hora que era, Sam debía de haber abandonado el Instituto para reintegrarse a su domicilio.

Todos debían de estar fuera.

Todos menos él, que no tenía a nadie, que no podía fiarse en nadie, ni siquiera en aquella mujer a la que amaba por encima de cualquier otra cosa.

Sintióse desamparado, perdido, terriblemente solo en aquel inmenso edificio.

Las paredes de aquella casa parecieron avanzar sobre él, amenazando asfixiarle.

¡Se ahogaba allí dentro!

Loco de angustia, se precipitó sobre una puerta, intentando, vanamente, abrirla. Luego hizo lo mismo con las ventanas, cuyas contraventanas estaban sólidamente encadenadas.

¿Es que estaba preso?

La claustrofobia creció por instantes y tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no gritar; luego, poco a poco, recobrando

parcialmente la serenidad, se dijo que nada iba a lograr por aquel medio. Y utilizando el cerebro, volvió al laboratorio, buscando un objeto con el que pudiera romper uno de los candados, pidiendo luego auxilio y haciendo, por lo menos, que alguien, un policía de los que debían guardar noche y día el edificio, subiese junto a él y calmase aquella horrenda angustia que le había cubierto el cuerpo de sudor helado.

Tuvo que trabajar bastante hasta conseguir hacer saltar una de las argollas del candado. Cuando lo logró, respiró hondamente, tirando luego de la contraventana…

Sus pupilas se dilataron y los ojos, desmesuradamente abiertos, parecían dispuestos a desorbitarse.

Frente a él, una llanura pedregosa, estéril, se extendía hasta el infinito.

¡Y era de día!

Un sol pálido lo iluminaba todo. Y por su posición en el cielo, la mañana debía de estar avanzada, quizá fuese más de mediodía.

Rudolph, aterrado, buscó con la mirada las casas de la cercana ciudad de Los Ángeles, la pista, el parque de estacionamiento, el jardín, la verja…

¡¡Nada!!

Aquel desierto de piedras parecía surgir justo de la base de los muros del Instituto, como si éste hubiese sido trasladado, misteriosamente, a un lugar completamente desconocido.

Todo aquello le desorientaba, produciéndole una sensación desagradable e indefinible a la vez.

¿Qué había pasado?

Durante un largo espacio de tiempo permaneció allí, intentando inútilmente comprender algo; luego, dispuesto encontrar a alguien que pudiera sacarle de dudas, corrió hacia los despachos, recorrió los laboratorios, los almacenes, sin encontrar a nadie.

Finalmente, ante la puerta del despacho de Sam, no dudó más y se lanzó contra la hoja de madera, derribándola de un golpe formidable.

Como se imaginaba, no había nadie allí dentro. Y después de recorrerlo todo, se quedó parado, de repente, mirando hacia un ángulo de la estancia, donde acababa de descubrir una puerta entreabierta, que, como recordaba, no había visto jamás en el

despacho de Sam, en el que había estado innumerables veces.

Atraído por una curiosidad más fuerte que la prudencia, e imaginando que el director podía haber hecho instalar allí una habitación para pasar las noches en el edificio, avanzó, empujando la puerta para ver que al otro lado no había más que tubos y aparatos que jamás había visto y cuya utilidad le escapaba por completo.

¿Qué podía ser aquello?

El interés científico le dominó unos instantes, haciéndole olvidar, por el momento, todo lo que le preocupaba.

Y, confiado, avanzó, sintiendo entonces que la puerta, a su espalda, se cerraba violentamente.

Se volvió a toda velocidad; pero, al mismo tiempo, una luz potentísima le cegó. Y balanceándose como un beodo, terminó por desplomarse sin sentido, con una sensación desgarradora en todo el cuerpo.

* * *

Le dolían los miembros cuando despertó. Y, al mismo tiempo, un estremecimiento le demostró que tenía frío. Abrió los ojos y se percató de que las estrellas lucían en el cielo. Sentándose sobre el suelo, incorporándose aterido, vio a lo lejos las luces de una ciudad.

Empezaba a estar tan acostumbrado a aquellas sorpresas que prefirió no preguntarse nada, optando por ponerse en pie y empezar a caminar por la carretera hacia la ciudad.

El ejercicio de la marcha desentumeció su cuerpo y se encontraba ya mejor cuando hizo un ademán a un coche que pasaba, en aquel momento, por allí.

El conductor, vestido elegantemente, lo que demostraba que venía de una fiesta, frenó cerca de él.

—¡Hola, amigo! —saludó, jovialmente.

Iba vestido de etiqueta y debía ser muy joven, casi barbilampiño. Pero su sonrisa era franca y abierta.

—¿Podría llevarme a la ciudad? —inquirió Lambert.

—¡Naturalmente! ¿Vive usted también en Los Ángeles?

Una alegría enorme se apoderó del corazón de Rudolph.

¡¡Los Ángeles!!

Estaba cerca de casa y todo lo que había ocurrido debía formar parte de una horrible pesadilla, aunque en el fondo de su alma algo le decía que no era así.

Se sentó al lado del joven conductor, y éste lanzó el vehículo a gran velocidad. Después, soltando una mano del volante, hurgó en la bolsa que tenía al lado, sacando una botella que tendió a Lambert.

—¿Un trago?

—Sí, gracias.

Lo necesitaba verdaderamente, y el alcohol difundió por su cuerpo una sensación de agradable calor.

—Gracias.

Bebió el otro, colocando el frasco en su sitio.

Nada más se dijeron hasta que el vehículo penetró en la ciudad.

—¿Dónde le dejo?

Lambert dio su dirección, agradeciendo sinceramente al simpático joven el haberle llevado hasta allí. Una vez que el vehículo desapareció, Rudolph examinó su casa y las de los alrededores, sintiendo el gozo de ver que todo seguía igual y que nada extraño había ni en la calle ni en la ciudad.

Cuando penetró en su piso, cerró cuidadosamente la puerta de la entrada, exhalando un suspiro de satisfacción.

Hacía cuanto podía por alejar las ideas de su mente, por olvidar todo lo que había pasado, por evitar que los recuerdos recientes se presentasen, con aquel color obsesivo, desesperándole.

La vista de los objetos de su casa, de todo lo que le era conocido y familiar le calmó bastante, y como la sensación del frío cogido en las afueras de la ciudad persistía, fue a la cocina, dispuesto a prepararse una taza de café.

Entonces…

No podía haber duda alguna en que alguien había utilizado el gas, que había dejado encendido y, además, por si fuese poco, había una taza con un poso de café. Al tocarla, Lambert se percató de que aún estaba caliente.

¡Empezaba a estar harto!

Hasta aquel momento, su excelente formación le había hecho refrenarse, prefiriendo examinar las cosas desde un punto de vista sereno; pero, a partir de aquel momento, cansado ya de soportar

toda una serie de hechos tan estúpidos como burlescos, como si alguien desease hacer vacilar su mente, no iba a esperar pasivamente los acontecimientos, sino que estaba dispuesto a buscarlos o, si era preciso, desencadenarlos.

No supo nunca qué sexto sentido le animó a abandonar su piso, yendo en busca de su coche, dirigiéndose directamente a la casa de Gina.

Cuando se acercó a la pequeña villa, vio que la luz del «*hall*» estaba encendida, lo que le demostraba que había visita.

Detuvo el coche a cierta distancia, acercándose después prudentemente, hasta detenerse junto al ángulo de la ventana, a la que se asomó con toda clase de precauciones.

De no haber estado preparado, por aquella intuición que iba tomando carta de naturaleza en él, se habría estremecido de pies a cabeza. No obstante, la sorpresa que le causó la escena que veía desde allí fuera, no fue pequeña.

Estaban los dos sentados junto a la mesa del salón.

Él tenía las manos de ella entre las suyas y la miraba amorosamente.

¡Él!

Mirándole con atención, Lambert tuvo que ceder y confesarse que no había diferencia alguna entre aquel hombre y él mismo. El parecido era extraordinario y hasta los menores movimientos eran idénticos.

Miró a Gina.

Y entonces, sin poderlo remediar, se estremeció al ver que el lunar estaba en su sitio, donde siempre, en la mejilla derecha de la muchacha.

La cólera que le poseía le impidió hacer consideraciones de cualquier clase. Y atravesando el espacio que le separaba de la puerta de la casa, pulsó el timbre con impaciencia.

Fue Gina la que abrió la puerta.

La expresión que apareció en el rostro de la muchacha demostraba palpablemente su asombro; pero él, sin perder un segundo, la echó a un lado sin violencia pero con firmeza.

Penetró en el salón y miró al hombre, teniendo la impresión de que se hallaba ante un espejo.

—¡Basta de comedias! —rugió—. Quiero saber quién eres, para

quién trabajas y por qué haces todo esto, sustituyéndome.

El otro no despegó los labios.

Lambert notó en seguida que el rostro de su doble había perdido color. Y, en aquel momento, aquella palidez era la única sutil diferencia que había entre ambos.

Se acercó a él.

—¿Contestas?

Y como transcurriesen unos segundos —terriblemente largos— sin que el otro dijese nada, el puño derecho de Lambert voló hacia el rostro de su igual, derribándole con una violencia formidable de un fuerte puñetazo.

No tuvo tiempo de lanzarse sobre su adversario, porque éste, veloz como la luz, se incorporó, corriendo hacia la puerta y pasando junto a Gina, que, con los ojos desmesuradamente abiertos, se había quedado allí, plantada, sin saber qué hacer.

Lambert corrió también hasta el final del jardín. Pero el otro, que le llevaba una considerable ventaja, se alejaba ya, fuera prácticamente de su alcance.

Volvió junto a la muchacha.

Ella le miraba con miedo, y Lambert se dijo que debería proceder poco a poco para no terminar de estropear las cosas.

Así, allí mismo, sin acercarse demasiado a la muchacha, le explicó lo ocurrido.

—También me engañaron a mí, querida. De no haber sido por el lunar, hubiera caído en la trampa, igual que tú.

Llorando, ella se acercó a él, apoyando la cabeza en su pecho.

—¡Es espantoso, Rudolph! Hablaba como tú, me decía cosas que sólo tú y yo sabemos… ¿cómo es posible?

—No lo sé aún, Gina. ¡Pero te juro que aclararé todo esto!

Pasaron al interior, sentándose donde había estado el otro.

Durante un largo tiempo guardaron silencio, incapaces de decir lo que pensaban. Porque, a pesar de todo, por encima de las seguridades que podían decirse y prometerse, sabían perfectamente que estaban en peligro de caer nuevamente en el engaño… sobre todo ella.

—Si no llega a ser por tu lunar. Aunque la otra Gina me dijo que era artificial.

—No lo es, Rudolph. Nací con él.

—Lo comprendo. ¡Lástima que yo no tenga una marca para que no te equivocases!

—¡Es horrible! ¿No comprendes el horror de todo esto, querido? ¡Ese hombre me besó y… yo creí que eras tú!

Estalló en sollozos y él la acarició, intentando calmarla.

Poco a poco, Gina dejó de llorar.

—¿Y tu padre? —inquirió él, de pronto.

—Duerme.

Lambert sonrió.

—La otra me dijo que había ido a Italia a ver a su hermano.

—Papá no se ha movido de aquí.

—Ya lo comprendo. La verdad es que no sé dónde me han llevado, aunque empiezo a creer que montaron una copia del Instituto para que, sin darme cuenta, trabajase para ellos. Pero… ¡Santo Dios! ¿Cómo es posible que esa gente pueda hacer todo eso aquí, en los Estados Unidos, riéndose de nuestras autoridades?

Hizo una pausa.

Después, frunciendo el ceño, prosiguió diciendo:

—Naturalmente, el Sam que me recibió y el Donald que fue a buscarme eran tan falsos como este tipo que estaba aquí contigo.

—¿Estás seguro?

—¡No tenemos defensa, Rudolph!

Tuvo que convenir, sin decir nada, que la muchacha tenía toda la razón del mundo. Porque, si uno de aquellos tipos, idénticos a los que ellos conocían, se presentaban en cualquier momento, ¿cómo reconocerlos? ¿Cómo saber si eran o no los verdaderos?

—A mí ya no me podrán engañar —dijo con voz cargada de rabia—. ¡Nunca más trabajaré para nadie, sin tener la seguridad que lo hago para mi verdadero país! ¡Por eso cerraron las ventanas con candados! Vivía de una manera tan especial que no me di cuenta al despertar que era de día en vez de medianoche, como yo creía.

—¿No notaste ninguna diferencia entre el director y Donald que viste allí y los verdaderos?

—Ninguna.

—¿Y el lugar donde te encontrabas?

Lambert frunció el ceño.

—No lo sé…, era un desierto más árido y pedregoso que el de Arizona. Tampoco me explico lo que me ocurrió en aquella

habitación, junto al despacho de Horroks, o del falso Horroks, que yo no había visto nunca. Debieron golpearme y me llevaron después, dejándome abandonado en las afueras de la ciudad.

—¿Qué perseguían al hacerlo?

—Lo ignoro.

—¿No crees que, puesto que les eras necesario, lo más lógico hubiese sido que te hubiesen dejado allí hasta que acabases tus trabajos?

—Sí. Tienes razón.

—¿Entonces?

—No lo sé, querida.

—¿Y si contásemos todo esto a las autoridades?

—Terminaríamos, en menos que canta un gallo, encerrados en un manicomio.

—No hay solución, por lo que veo.

—Puede que la haya; es decir, debe haberla, y tenemos que encontrarla. Por suerte o desgracia, sigo siendo el objetivo número uno de esa gente. Y si me necesitan, como estoy seguro, no tardarán en jugar su próxima carta…

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

Los dos jóvenes se miraron y luego Lambert, decidiéndose, fue a abrir.

Al hacerlo, el rostro severo del teniente Micklem apareció en el umbral, seguido de otros dos hombres.

—¡Buenas noches, teniente! —saludó el joven.

Pero la severidad de la expresión del policía no se modificó ni dulcificó lo más mínimo.

Y con voz áspera dijo:

—Vengo a detenerle, profesor Lambert. Y también a la señorita Lorelli…

Rudolph, palideciendo, cerró los puños amenazadoramente.

La rabia le cegaba.

Pero las armas que empuñaron los otros velozmente le hicieron comprender que resistir sería una verdadera locura.

CAPÍTULO VII


fuera les esperaba un vehículo negro.

El teniente se sentó atrás, junto a los dos jóvenes, ocupando los otros dos la parte delantera.

Uno de ellos tomó el volante.

Los Ángeles quedaron muy pronto atrás y después de dejar Pasadena a la izquierda, el vehículo tomó una de las carreteras secundarias que se dirigían hacia la zona eléctrica.

Estaba anocheciendo, y al ver el cambio brusco del paisaje, Lambert miró a Gina, que también le miraba, fijando sus ojos en los de él.

Rudolph se percató de que ella le había comprendido perfectamente y que no tenía duda alguna de que aquel teniente, así como los policías que le acompañaban, no eran los de verdad.

El doble de Lambert, al ser expulsado de la casa de la muchacha debió dar noticia de ello a los suyos, que no habían perdido el

tiempo.

«¡Qué imbécil he sido! —se dijo Lambert—. Si en vez de charlar con Gina, hubiera pensado un poco más con la cabeza».

Pero ya era demasiado tarde para hacer algo positivo.

Era más que probable que aquellos falsos policías les conducían al falso Instituto, situado en el desierto…

¡Falsos policías! ¡Falso Instituto!

Lambert no pudo evitar una sonrisa amarga.

Y dispuesto a poner de una vez las cartas boca arriba, demostrando a aquellos tipos que no era tan imbécil como para creer todo lo que ellos quisieran, se volvió hacia el teniente, que estaba a su derecha.

—Bueno…, creo que ya es hora de hablar claro. ¿No le parece, «teniente»?

Había pronunciado esta última palabra con un sonsonete especial.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no hace falta que se esfuercen por seguir la comedia. Sé perfectamente quién es usted y ésos que van ahí delante. También sé dónde nos llevan…, aunque le aseguro que pierde el tiempo.

—¿No le parece que presume demasiado de su inteligencia, profesor?

—No. Sé que usted no es el teniente Micklem ni esos policías son de verdad. También estoy seguro de que nos llevan al falso Instituto, del que salí ayer…

—Veo que es usted muy perspicaz.

—¿A qué país pertenecen? ¿Para qué potencia trabajan?

—Para ninguna.

—¡A otro perro con ese hueso! Aunque no importa que no me lo diga. Ya lo sabremos dentro de poco.

—En eso no se equivoca, profesor: pronto sabrá muchas cosas.

Lambert se encogió de hombros; luego, sonriendo, dijo:

—¿Sabe lo que haría yo si estuviese en su lugar?

—No.

—Ordenaría a sus amigos que diesen la vuelta y nos dejasen en nuestra casa.

—¡Muy listo!

—No lo crea. Porque puede estar seguro de que no haré nada de

lo que esperan que haga.

—¿Usted cree?

—¡Seguro!

—Ya veremos…

El vehículo había disminuido la marcha, y Lambert vio una granja pequeña, aparentemente abandonada, con un garaje a su derecha. El coche, después de maniobrar cuidadosamente, avanzó hacia el garaje, cuyas puertas se abrieron solas, penetrando en su interior.

Cuando las puertas se cerraron tras el vehículo, algo así como una extraña intuición hizo que Lambert recordase las puertas que se habían cerrado tras él en el falso Instituto.

Seguro de que algo parecido iba a ocurrir, intentó gritar.

Pero la luz cegadora ahogó la voz en su garganta y sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

* * *

—¡Rudolph! ¡Querido!

Abrió los ojos, viendo el encantador rostro de Gina a su lado.

Y no pudo evitar una triste sonrisa cuando notó que se fijaba en el lunar, comprobando que estaba «en su sitio», y que, por lo tanto, se trataba de la Gina genuina.

Al incorporarse, se dio cuenta de que se encontraba tendido en un lecho, en una habitación desconocida. Mirando detrás de la muchacha, descubrió una puerta abierta, que daba a otra habitación semejante a la que ocupaba.

—Me he despertado hace un rato —dijo ella—. Abrí la puerta y te vi. ¡Puedes imaginarte la alegría que sentí, querido, al ver que estabas cerca de mí!

Se incorporó, comprobando que le habían echado en el lecho completamente vestido.

—¿Dónde estamos? —inquirió, una vez en pie.

—No lo sé.

—¿No has visto a nadie?

—No.

Lambert se pasó la mano por los cabellos.

Luego, mirando a la muchacha, dijo:

—De seguro que sentiste lo que yo, cuando las puertas del garaje se cerraron tras nosotros. ¿No es verdad?

—Fue como si una luz vivísima me cegase; después, cuando había cerrado los ojos, estaba completamente segura de que las cosas giraban a mi alrededor a una velocidad fantástica…, ¿lo sentiste tú?

—Sí. Igual que la otra vez.

Miró a su alrededor, dándose cuenta de que no había ventana alguna en la habitación. Asomándose luego a la que ocupó Gina, comprobó lo mismo.

Después fue a una de las puertas, convenciéndose de que estaba cerrada.

—La mía está igual —le atajó la muchacha, cuando iba a comprobarlo.

—No hay duda —dijo él tras un corto silencio— de que estamos prisioneros, pero no creo que nos tengan así mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

Lambert sonrió tristemente.

—Que vendrán a buscarme, no tardando mucho. Dejé las fórmulas a medio camino y querrán que las termine.

Los ojos de la muchacha brillaron intensamente.

—No lo harás, ¿verdad?

—No.

—Debes negarte rotundamente —insistió ella, con un tono vehemente en la voz—. Porque comprenderás que si les obedeces, estarás deshonrado para siempre y nunca podremos presentarnos en parte alguna.

—Ellos pueden ofrecerme un puesto en su país…

—Ya lo sé. No será la primera vez que lo hacen; pero ¿de qué te valdrían todos los honores que te procurasen si te habrías convertido en el peor y más infame de los traidores?

—No lo haré. Puedes estar segura…

—¡Estoy orgullosa de ti!

Avanzó hacia él y Lambert la besó, sintiéndose fuerte y dispuesto a luchar contra todo lo que pudieran oponerle sus raptores.

Acababa de dejarla cuando la puerta de la habitación donde se encontraban se abrió.

¡Y Sam Horroks apareció, sonriente, en el umbral!

—Buenos días —saludó.

Lambert torció el gesto.

Después, sonriendo a su vez, lo más cínicamente que pudo:

—¿A qué viene prolongar más este carnaval? Ya sé que no es usted Sam y no veo la necesidad de seguir esta estúpida comedia.

El otro asintió, seguro de sí mismo.

—Ya se lo diré, amigo. Pero, por el momento, preferimos presentarnos así, de manera a hacer menos violento el cambio…

—¿Qué cambio?

—Luego lo sabrá. Por el momento, debo decirle unas cuantas cosas para que vea que, como usted ha dicho, ya no son necesarios ciertos… detalles.

—Le escucho.

El otro sonrió.

—¿No le parece mejor que me haga las preguntas que está deseando hacer desde el principio?

—Como usted quiera.

Y después de una corta pausa:

—Sea. Primera pregunta: ¿dónde nos encontramos?

—En Marte.

Los dos jóvenes abrieron los ojos y el asombro se pintó en sus rostros.

Tragando saliva con visible dificultad, Lambert habló.

—¿Por qué empieza a mentir?

—No miento. Están ustedes en Marte y pronto tendrán la oportunidad de poder comprobarlo. ¿Algunas pregunta más?

—Sí. ¿Quiénes son ustedes?

—Marcianos.

—¡Es imposible!

—Como quiera. Yo me limito a decirle la verdad.

—Entonces…, ¿son ustedes como nosotros?

La sonrisa se amplió en los labios del falso Sam.

Luego negó.

—No, amigo mío. En realidad somos muy distintos. Por eso, como le dije antes, preferimos presentarnos ante ustedes de esta manera… más convencional.

—¿A qué se debe el que puedan adoptar formas idénticas a las

de seres humanos conocidos, por ejemplo, al de Sam Horroks, que usted representa?

—Eso es posible gracias a un invento que alguna vez conocerá… si lo merece.

—Pierde el tiempo si piensa que voy a obedecerles en algo.

—Ésa es una cuestión posterior, que ahora prefiero no tocar. ¿Más preguntas?

Lambert guardó silencio unos instantes.

Después preguntó.

—¿Dónde me llevaron cuando trabajé, sin saberlo, para ustedes?

—Estuvo usted aquí.

—¿En… Marte?

—Sí.

—¿Y cómo pude volver a la Tierra?

—Penetrando, sin que nosotros lo supiésemos, en el «traslator».

—¿Era la habitación que había al lado de su despacho?

—Sí. Aquel día no nos imaginábamos que usted iba a abandonar su habitación e ir a mi despacho, como usted lo llama. Cometimos un error y usted logró escapar, haciendo funcionar la máquina sin darse cuenta.

—Comprendo.

—¿Algo más?

Lambert le miró fijamente, mordiéndose los labios.

Y unos segundos después, con voz que deseó fuese lo más firme posible:

—¿Qué van ustedes a hacer con nosotros?

—Nada. Son nuestros huéspedes de honor, por el momento.

—¿Puedo preguntar algo más?

—Lo que desee.

—Bien. ¿Para qué necesitan las fórmulas que robaron del Instituto y las que deseaban que yo ultimase? Por lo que veo, están mucho más adelantados que nosotros y no me explico la necesidad de todo esto…

—Por el momento —repuso el marciano—, y lamentándolo mucho, no puedo contestar a esas preguntas. Quizá más tarde pueda hacerlo. Ahora, voy a dejarles. Dentro de un poco, cuando hayan desayunado, vendrán conmigo y hablarán con alguien que quiere verles.

Abandonó la habitación y poco después, antes de que los dos jóvenes pudiesen hacer un comentario sobre todo lo que acababan de oír, una muchacha, completamente igual a Gina, penetró con una bandeja y un abundante desayuno para los dos.

Al verla, la italiana palideció.

Era igual que ella punto por punto. Y al no haber sido porque el lunar del rostro se hallaba en la mejilla opuesta, nadie hubiera podido diferenciarlas…

Ni la verdadera Gina.

—¡Tengo ganas de arrancarla los ojos! —exclamó la italiana.

—No hagas nada, querida —dijo Lambert, acercándose a ella y reteniéndola por un brazo.

—¡Pensar que esa mujer te ha besado!

—No seas así. También el otro «yo» lo hizo…

Gina enrojeció.

—Perdona…

—No tiene importancia.

Entre tanto, la muchacha, después de haber dispuesto el desayuno sobre una mesita, salió, sin haber despegado los labios.

—¿Y si comiésemos?

Lo hicieron, sin hablar. Y sólo cuando Rudolph encendió después un cigarrillo, Gina rompió el silencio.

—¿Qué hay?

—No puedo evitarlo.

—¿El qué?

—Tengo miedo.

Y como Lambert no dijese nada:

—¿Es que no te das cuenta —añadió ella— de la situación en que nos encontramos? Si, como ha dicho ese hombre, estamos en Marte, puedes tener la completa seguridad de que jamás saldremos de aquí.

—No hay que perder las esperanzas. Estemos donde estemos, ellos nos necesitan y eso es lo importante.

—¿Crees que eso contará para algo en nuestro futuro?

—Naturalmente. No puedo confiar en esos… lo que sean. Nunca, amor mío, nos dejarán salir de aquí; aunque hicieses lo que te dijeran. Deben temer, y es lógico, que digamos en la Tierra, lo que nos ha pasado. Por eso tengo miedo…

Lambert no respondió.

Pero tuvo que convenir en que la muchacha razonaba bien y que el porvenir no podía ser más negro para ellos.

Horroks, el falso director, apareció en la puerta.

Sonrió.

—¿Han desayunado bien?

El tono de Lambert al contestar no fue nada amable.

—Sí —repuso con sequedad.

—Bien. Tengan la amabilidad de seguirme.

—Vamos, Gina.

La tomó del brazo, abandonando la habitación detrás del falso Sam. Nada más salir al pasillo, reconoció el interior del Instituto donde había trabajado hasta que se escapó. Por lo menos, en aquello, el marciano no le había mentido.

Esta vez las ventanas estaban abiertas y los dos jóvenes pudieron ver la árida extensión del desierto en que estaba emplazado el edificio.

Se dirigieron directamente a lo que en el otro Instituto, el de la Tierra, era el salón de actos, y que aquí ofrecía idéntico aspecto. Muchos hombres, todos ellos desconocidos para Lambert, estaban allí, en las graderías.

Pero el que le llamó poderosamente la atención fue el que ocupaba el sillón de la presidencia. Era alto, de cabello canoso y ojos azules. E iba vestido correctamente, como lo hubiese sido de haber representado el tipo de hombre medio americano.

El falso Sam les precedió, llevándolos hacia el ala izquierda del anfiteatro, ofreciéndoles unos asientos en los que se acomodaron.

El silencio era impresionante.

De repente, el hombre del cabello plateado se puso en pie y empezó a hablar, en un inglés un poco raro, pero no exento de belleza.

—He aquí —dijo, haciendo un gesto que señalaba a Lambert— el hombre que es capaz de darnos lo que necesitamos. Otros, antes que él, lo hicieron, proporcionándonos lo que, por las circunstancias que todos conocemos, no pudimos lograr nosotros mismos.

Hizo una pausa; luego:

—El profesor Lambert, aquí presente, nos ha presentado una serie de dificultades que han hecho fracasar ciertos planes que en

otras ocasiones no nos habían fallado. Desde que conseguimos el «traslator» y el no menos importante «duplicator», hemos logrado muchísimas cosas y podemos decir que nuestro planeta ha conocido cambios definitivos que nos van acercando rápidamente al objetivo que nos hemos propuesto…

Miró a Rudolph.

—Usted, profesor, debe comprender nuestras necesidades y ayudarnos en nuestros propósitos.

Rudolph sintió que la cólera le subía al rostro, proporcionándole una intensa sensación de calor sofocante.

Se puso en pie y con voz vibrante lanzó:

—¿Es acaso manera de pedir la colaboración de un hombre de ciencia el engañarle desde el principio, provocando su expulsión del Instituto donde trabajaba y sometiéndole a un rapto como el que he sido objeto? No es así, señores, como se logra convencer a nadie. Y por otra parte, ¿qué pueden importarme sus proyectos si no he sido invitado a conocerlos?

Los ojos del hombre de cabellos blancos brillaron con una intensidad feroz.

—Conocemos —dijo con voz ronca— de sobra ese desprecio de que ustedes, los hombres de la Tierra, hacen gala. ¿Cree acaso, profesor Lambert, que no intentamos, en un principio, convencer de esa manera? Tres de nuestros agentes fueron enviados a un frenocomio cuando se atrevieron a exponer nuestros deseos ante los hombres de ciencia.

»Fue una lección que aprendimos en seguida. Y cuando conseguimos, después de serios esfuerzos, que nuestros agentes regresasen aquí, sabíamos que no lograríamos nada de ustedes de una manera directa; sólo empleando la fuerza o la astucia o ambas al mismo tiempo.

»Por desgracia, nuestra fuerza era, y lo sigue siendo aún, lo bastante débil para ser una locura pensar en ella. Pero teníamos la astucia y los dos descubrimientos de los que nos apoderamos hace tiempo y que sus inventores, que viven con nosotros, perfeccionaron. Y con esas dos formidables armas, logramos todo lo que deseamos…

—Menos convencerme a mí.

El otro sonrió.

—Hay maneras de lograrlo; no se preocupe, profesor Lambert. ¿Cree acaso que hemos traído a su prometida para proporcionarle unas vacaciones especiales?

Rudolph cerró los puños, palideciendo.

—¡No se atreverán a tocarla!

—No encuentro palabras para calificarles.

—Eso, amigo mío, sólo depende de usted.

—Pierde el tiempo, profesor.

La mano de la muchacha se posó firmemente en el brazo de Lambert.

Y en voz baja dijo:

—No cedas, querido. Poco importa lo que me pase a mí; pero no olvides que, convirtiéndote en un traidor, aunque fuese por salvarme, te despreciaría siempre.

Lambert sintió una desagradable sensación de frío que le recorría la espalda.

—Tiene que ayudarnos, profesor —insistió el hombre.

Y como Rudolph no dijese nada:

—Somos débiles aún —prosiguió diciendo—, pero no tanto como usted puede imaginarse. Y se lo demostraremos.

Hizo un gesto al falso Sam, y éste se acercó a los dos terrícolas:

—Volvamos a su cuarto, por favor.

Le siguieron en silencio.

CAPÍTULO VIII


e movía en el lecho sin poder conciliar el sueño que tanto bien le hubiese hecho.

Habían pasado el resto del día charlando, obsesivamente, alrededor de lo mismo. Ella no dejó de insistir un solo instante en que Lambert debía mostrarse fuerte, inflexible, sin ceder bajo ninguna amenaza a los deseos de los marcianos.

Y ahora, en la cama, Lambert no podía escapar al análisis angustioso de aquella indecible situación, en la que, como vulgarmente se dice, se hallaba entre la espada y la pared.

¿Qué hacer?

Por un lado, las amenazas del que parecía dirigir a los marcianos no parecían, ni muchísimo menos, desprovistas de realidad y fundamento. Aquellas criaturas, cuya forma real ignoraba, eran muy capaces de obligarle, por medios tan pavorosos como desconocidos, a obedecerles.

Había, por otra parte, algunas cuestiones que le preocupaban de

la misma manera, todas ellas sacadas de las sibilinas frases que había pronunciado el hombre de los cabellos blancos.

Era indudable que se podía deducir de aquellas palabras que los marcianos estaban muy atrasados y se estaban procurando de la Tierra una serie de inventos importantes, de descubrimientos de primera fila…

Pero… ¿para qué? ¿Con qué objeto?

¿El de atacar a la Tierra?

Parecía obvio; pero, sin embargo, había cosas que quedaban sin explicar. Cuando al amanecer, sin poder permanecer un momento más en el lecho, saltó fuera de él, vistiéndose rápidamente, su estado nervioso seguía causándole un malestar creciente.

Era, en realidad, como si algo le previniese de un oscuro e ignoto peligro, algo que estuviese cerca, muy cerca, cayendo sobre él como una maldición inexplicable.

No pudo más, y se acercó a la puerta que comunicaba con la habitación de Gina.

Llamó.

Nada.

El silencio tenía algo de horrible, de indefinible, como si fuera una burla más a la angustia que se había apoderado de él.

—¡Gina!

Silencio.

Sólo los latidos de su corazón eran audibles. Y aquel ruido, cada vez más lento, como si amenazase interrumpirse de un momento a otro, resonaba en el interior de su pecho, con un eco sordo, implacable…

—¡¡Gina!!

La misma quietud terrible.

—¡¡Ginaaaa…!!

Fue incapaz de resistir más, y al comprobar que la puerta estaba cerrada, tiró de ella, ya que se abría hacia su lado, arrancando de cuajo el pomo y la frágil cerradura.

Fueron los dos objetos, al caer estrepitosamente al suelo, los que, inconscientemente, le hicieron bajar la mirada…

Y…

La angustia se volvió dolor, desesperación, incomprensión, locura casi. Porque nunca —¡¡nunca!!— se hubiera atrevido a

esperar lo que halló allí, lo que estaba al otro lado, levantando del suelo apenas una altura de quince centímetros…

—¡Gina!

Fue una exclamación dolorosa, un grito desgarrador.

Luego, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, se inclinó, primero en cuclillas, dejándose caer, por último, de rodillas, sin atreverse a extender los brazos hacia «aquello».

Gina medía menos de un palmo. Había guardado, en la espantosa reducción, toda la armonía de su belleza de siempre, pero el verla así, como una muñeca viva, como uno de esos gnomos de los cuentos fantásticos, desgarraba el corazón del joven.

—¡Gina!

Fue entonces cuando la voz de ella, completamente distinta y semejante al chillido de un animalito de su talla, llegó hasta él.

—¡No llores, Rudolph!

Él sintió, con toda su fuerza, lo grotesco de todo aquello, la indecible tragedia que había caído sobre ellos.

—¡Cógeme, amor mío!

Lo hizo, pero no sin experimentar algo así como una invencible repugnancia que sólo por puro milagro logró disfrazar en su rostro con una sonrisa.

Al tenerla en las manos, cuidadosamente, como un objeto frágil, sintió una desesperación indescriptible, algo que abría mil heridas en su pecho, como si unas invisibles garras le dañasen.

La colocó sobre una mesa; después, casi sin atreverse a mirarla, preguntó:

—¿Cómo ha ocurrido, Gina?

Vio que ella lloraba.

—No lo sé, Rudolph. Fue al despertarme cuando me di cuenta de lo que había ocurrido… ¡Me costó muchísimo dejarme caer del lecho!

—¡Voy a hablar con esos malditos!

—¡No, no lo hagas! ¿No ves que es eso precisamente lo que desean?

—¡No puedo dejarte así!

—Ten paciencia…

—¡No puedo! —repitió él.

—Pero…

Lambert no contestó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Estoy decidido. Yo no podía imaginarme que iban a hacer una canallada así.

—¡Rudolph!

—¿Qué?

—¿Vas a hacerlo?… ¿De verdad?

—Sí.

—Bien. Bájame de aquí.

Lo hizo, y cuando ella estuvo en el suelo, su voz llegó, aguda hasta él:

—¡Te despreciaré siempre! ¡Yo debía haber sido quien te exigiese obedecer a esos monstruos para salvarme! ¡Y no te lo he pedido! Prefiero verme así, o de cualquier otro modo, antes que verte deshonrado para siempre, antes de que entregues a esos malditos los secretos que sólo pertenecen a la Tierra…

—¡No puedo, Gina! ¡No puedo consentir esto! ¿Es que no te das cuenta de que me sería imposible soportarte así, que me rompería la cabeza contra la pared si tuviese que verte siempre de esta horrible manera…?

Ella rió, y su risa fue como un grito hiriente para él.

—¡Eres un cobarde!

Sin querer escuchar más, abandonó la habitación dirigiéndose hacia el despacho del falso Sam, cuya puerta empujó sin pedir permiso.

Sam —su doble— estaba allí, pero la aguda mirada del joven investigador vio que la habitación del «traslator» había desaparecido, quizá porque habían tapiado la puerta que le permitió regresar a la Tierra.

Sorprendiendo aquella mirada, Sam sonrió.

—¿Cómo? ¿Esperaba usted encontrar la salida de la otra vez, profesor Lambert?

—¡No!

—¿Entonces?

Rudolph se acercó a él, mirándole fijamente. Había apoyado las manos en el borde de la mesa, y sus nudillos perdieron sangre, blanqueándose por la presión que ejercían los músculos.

—¡Han ganado ustedes!

—¿Qué quiere decir, profesor?

—Que estoy dispuesto a hacer lo que sea, con dos condiciones.

La sonrisa se amplió en los labios del otro.

—¿Cuáles?

—Primera, que Gina recobre su forma habitual inmediatamente.

—Eso es muy sencillo. ¿Y la otra?

—Que sea enviada a la Tierra.

Sam frunció el entrecejo.

Y después de una pausa, repuso:

—Eso no es posible… por el momento, profesor. Gina constituye la seguridad para nosotros de que hará lo que digamos. Ahora bien, le prometo que en cuanto hayamos comprobado la fidelidad de sus fórmulas, pasadas seguidamente al campo de la experiencia real, esa señorita y usted regresarán a la Tierra.

—Está bien. ¿Cuándo he de empezar?

—Ahora mismo.

Se levantó el falso Sam, llevando al otro hacia sus habitaciones. Y deteniéndose ante la puerta de la que ocupaba la muchacha, le invitó:

—¿Quiere usted comprobar que hemos cumplido lo prometido? —inquirió con una sonrisa cínica en los labios.

—¡Naturalmente!

Llamó, y apenas lo había hecho, la puerta se abrió pudiendo ver a Gina con su estatura normal.

Ella le miró, con los ojos brillantes de cólera; después, dándole con la puerta en las narices, exclamó:

—¡Cobarde!

Sintiendo un dolor agudo, Lambert siguió su camino, precedido por Sam, que, como esperaba, le condujo al laboratorio donde había trabajado, sin saber que estaba fuera de la Tierra.

Allí encontró sus notas, las tarjetas del cerebro electrónico; en fin, todo lo que dejó, exactamente en el mismo sitio.

Se volvió hacia el otro.

—No quiero salir de aquí hasta que haya acabado. Ordene que me traigan la comida y un lecho.

—Así se hará.

Cuando la puerta se cerró tras Sam, Rudolph contempló con mirada vaga sus papeles; después, súbitamente, como movido por una fuerza que se hubiera desencadenado de repente, se lanzó con

furia al trabajo.

* * *

Gina no se daba por vencida.

Todo aquel día lo pasó llorando, pero también pensando, buscando con afán una solución a aquella situación especial.

Se decía que era mucho mejor el peligro, e incluso la muerte, que permitir que Lambert, debido al amor que sentía por ella, se convirtiera en un traidor a la Tierra, a la humanidad entera.

Al llegar la noche, segura de sí misma y decidida a todo, abandonó silenciosamente su habitación, dirigiéndose por el pasillo, pegada a la pared y contenta de que la iluminación fuese parda.

No encontró a nadie, pero oyó voces, dos veces consecutivas, al pasar ante puertas que estaban entreabiertas. Claro que el sonido de aquellas voces era inconfundible y no podía proceder más que de los marcianos.

En contra de lo que esperaba, pudo abandonar el edificio, saliendo por una puerta secundaria. Se dio cuenta entonces que el falso Instituto estaba, como le había explicado Lambert, en medio de una zona desértica.

¿Hacia dónde dirigirse?

En realidad, sus proyectos tenían una base muy débil y ella se percató de que así era al empezar a caminar hacia cualquier parte, fiada en que alejándose de allí conseguiría; por lo menos, cuando se enterase Lambert, hacerle comprender que no debía ayudar a aquellos malvados.

Las estrellas brillaban en el cielo.

Gina siguió caminando, decidida, sin volver la mirada hacia atrás, segura de que nadie la seguía. Cuando los zapatos le causaron un intolerable dolor en los pies, se descalzó, sonriendo, recordando su infancia, allá, en Milán, donde había andado de aquel modo por las calles empinadas y sobre las húmedas piedras del puerto.

El recordar su ciudad natal le llevó a pensar en su padre, doliéndose de lo que él debía de estar sufriendo al notar la desaparición de su hija. Pero, por encima de todo lo que podía causarle pena, estaba su deber, el que se había impuesto, decidida a que Lambert no cometiese la horrible traición que estaba realizando

en aquellos momentos.

Frunció el entrecejo al recordar que lo había tratado de cobarde y se dijo que se había mostrado excesivamente dura con él, que, después de todo, obró de aquella manera cegado por el dolor que le produjo verla convertida en una enana.

También había sufrido Gina lo indecible cuando, al despertar, se vio de aquella manera. Comprendió, no obstante, que si los marcianos habían obrado así era sólo para obligar a Lambert a que les obedeciese.

Por eso, segura de ello, se mostró dura con el hombre que amaba y por el que estaba dispuesta a hacer lo que fuese.

Siguió andando, sin darse cuenta de las millas que pasaban bajo sus pies, que ya empezaban a sangrar por el contacto directo de las rocas.

Mordióse los labios.

Ella no era una de aquellas delicadas señoritingas que Lambert encontraba en las reuniones mundanas de Los Ángeles. Corría por sus venas sangre latina y sabía, sin necesidad de que nadie se lo hubiera explicado, que una mujer, que lo sea, debe defender al hombre que ama de cualquier forma, a dentelladas si fuera necesario.

Poco después, sin que lo hubiera visto, sintió bajo sus pies una superficie más unida, lisa, que le hizo detenerse.

Se inclinó, tocándola con la mano.

—¡Parece asfalto! —exclamó, sorprendida.

La oscuridad completa que la rodeaba no le permitía asegurarse de sus sospechas; pero, sin saber por qué, se detuvo allí, sin pensar en nada, dejándose llevar por las vagas ideas que parecían flotar en su mente.

Y, de repente, antes de que pudiera predecir nada ni apartarse, unos focos potentes le cegaron, aterrorizándola, ya que se creyó descubierta.

¡¡Yiiiiiii… iiip!!

Algo patinó por el suelo; luego, envuelta aún por la luz cegadora, oyó que alguien se acercaba. Y una voz de mujer sonó a su lado.

—¡Por todos los vasos de «*whisky*» que he bebido! ¡Casi la aplasto!

Y como Gina, ahogada por el terror, no dijese nada, preguntó:

—¿Se siente mal, muchacha?

La mujer se había inclinado y cogió a la italiana por las axilas, levantándola en vilo. Cuando Gina estuvo de pie, la otra la pasó la mano por la cintura, llevándola suavemente fuera de la zona cegadora de los focos.

Se acercaron al coche y la mujer hizo que la muchacha se sentase.

—¿Se encuentra mejor?

Gina no sabía qué decir ni qué pensar.

Pero, haciendo un esfuerzo, con voz trémula dijo:

—Sí, estoy mejor; muchas gracias.

Se iba acostumbrando a la iluminación, y pudo así percatarse de que estaba en un coche lujoso.

—¿Iba usted a la ciudad?

Miró a la mujer.

Era, sin duda alguna, una dama elegante, vestida con lujo rebuscado y muy pintada.

Pero la pregunta extrañaba a la joven.

—¿A la ciudad? —inquirió, con asombro.

La otra se encogió de hombros.

—Si no estuviese tan bebida, amiga —dijo—, diría que la ebria es usted. De todos modos, voy a llevarla a Los Ángeles y allí ya decidiremos.

Bajó la mirada, fijándose en los pies de Gina.

—¡Santo Dios! ¡Si tiene los pies cubiertos de sangre!

Pasó al otro lado e instantes después el poderoso vehículo se ponía en marcha, deslizándose por la carretera como una exhalación.

Sin saber qué pensar, Gina se dejaba acariciar por el eco de las palabras que la otra había pronunciado antes:

«La llevaré a Los Ángeles».

¡Los Ángeles!

Era demasiado delicioso para ser verdad.

Capítulo ix

s aquí. Pare, por favor.

La mujer obedeció, volviéndose hacia ella y mirándola con fijeza.

—¿Está segura de que no quiere nada?

Gina sonrió.

—Nada. Es decir, volver a darle las gracias. Ha sido usted muy amable, maravillosa.

La otra se encogió de hombros.

—No sé lo que ocurre hoy, pero encuentro que todo el mundo exagera lo que siente… En fin, si está usted contenta de volver a casa y no desea que contemos una historia cualquiera a su marido, que no dejará de extrañarse al verla así, allá usted.

—No, muchas gracias. Mi «marido» no dirá nada…

—¡Feliz usted! Y no es que el mío diga mucho; pero tiene una manera de ser que preferiría, francamente, que gritase y hasta me pegase…

Soltó una carcajada y, de nuevo, llegó hasta Gina el intenso vaho de alcohol que brotaba de su pintarrajeada boca.

—Muchas gracias, de nuevo…

—De nada.

Gina saltó del coche, penetrando en su casa. Momentos más tarde, cuando la puerta se abrió, se arrojó llorando en los brazos de Pietro.

—¡La mia povera figlia! —exclamó él, apretándola entre sus brazos.

La hizo entrar, cerrando la puerta; después, al ver su aspecto, la dejó sentada en el salón, yendo a la cocina donde preparó una jofaina con agua caliente, volviendo al salón y poniéndose de rodillas, para lavar los heridos pies de la joven.

—¡Pobrecilla! —decía, de vez en cuando.

Gina lloraba en silencio.

Y cuando su padre le secó los pies, poniéndole una pomada sobre las heridas, volvió a arrojarse a sus brazos.

Le costó mucho a Lorelli comprender lo que la muchacha, con frases entrecortadas, le contó.

Era algo tan raro, tan inverosímil que, en varias ocasiones, el viejo italiano miró fijamente a su hija, clavando en su rostro la aguda mirada de sus ojos pardos, con el entrecejo fruncido.

—¡No, no estoy loca, papá! Todo lo que te cuento es cierto…

—Pero…

—Sí, ya sé que parece el relato de un loco. Pero puedes creerme… Yo tampoco lo creí, cuando después de atravesar el desierto, llegué a aquella carretera. Me creía en otro planeta.

—¿Entonces?

—¡No están en Marte, papá, sino cerca de aquí, en pleno desierto! ¿Comprendes entonces, padre? ¡Rudolph se cree transportado lejos de la Tierra y para salvarme está entregándoles el secreto más grande que los hombres de ciencia han logrado jamás! ¡La desgravitación, padre!

—¿Qué es eso, Gina?

—Un procedimiento para poder salir al espacio sin ninguna clase de carburante, sin esfuerzo alguno… Lambert me lo explicó, diciéndome que era lo más importante que la humanidad había logrado nunca.

—¡Dios santo!

—Por lo que oímos en aquel salón, esas criaturas ya han logrado apoderarse de otros grandes secretos, pero ninguno de ellos es tan fundamental como el que Rudolph está preparando para ellos.

—¿Y dices que te hicieron pequeña?

—Sí, muy pequeña… aunque no comprendo cómo lo consiguieron.

—¡Santa Madona!

Y después de una pausa el hombre preguntó:

—¿Qué podemos hacer, pequeña?

—¡Algo! ¡Hay que hacer lo que sea! No podemos dejar a Lambert en ese horrible lugar, engañado por completo, traicionándose a sí mismo por mi culpa.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Ir a ver al teniente Micklem, al de verdad! Cosa que vamos a hacer ahora mismo.

—Como quieras.

—Cogeremos un taxi.

Se calzó como pudo, frunciendo el ceño de dolor. Pero seguía siendo la muchacha decidida y fuerte que amaba a Rudolph Lambert.

¡Por él era capaz de hacer cualquier cosa!

El vehículo les dejó ante el edificio que ocupaba, en las cercanías del Instituto, el Servicio que mandaba Alex Micklem.

Y poco después, cuando el teniente les invitó a sentarse en su despacho:

—¿Qué desean? —inquirió el hombre.

—Va usted a escucharme —repuso Gina—, con toda la paciencia posible, desde el principio.

—Bien.

Gina empezó.

Relacionando los hechos desde que Lambert tropezó con su doble, la muchacha fue exponiendo los sucesos, sin dejar que su opinión personal se mezclase en nada de lo que iba diciendo.

Alex fue tomando algunas notas y no interrumpió a la muchacha ni una sola vez; pero cuando Gina terminó, dijo:

—Ya comprenderá, señorita, que todo esto es muy extraño y que hemos de hacer algunas averiguaciones antes de lanzarnos, como

está visto que usted desea.

—¡No pueden perder tiempo, teniente! Si Lambert entrega las fórmulas de la desgravitación a esos seres, sean quienes sean, usted será el responsable directo del robo que se hará a la humanidad.

Alex no pudo evitar un gesto.

—Bien. Yo no tardaré más de quince horas en ir y venir de Washington. No puedo hacer nada sin consultar con mis superiores. Pero, otra cosa… ¿sería usted capas de recordar dónde se halla ese extraño edificio?

—No.

—¿Entonces?

Gina se torció los dedos.

—Es imposible que recuerde el lugar exacto; pero, alejándose de Los Ángeles, está a la derecha de la carretera, en pleno desierto…

—El desierto es muy grande, señorita…

—¿Y para qué tienen aviones y otros medios? ¿Es que desea, teniente que le sirvamos el asunto en bandeja?

Pietro intervino, asustado por la actitud de Gina.

—¡Hija mía…!

Pero Alan, con una sonrisa le apaciguó.

—Déjela. Comprendo perfectamente su estado de ánimo y yo quisiera que comprendiese las dificultades que voy a encontrar en las gestiones que he de llevar a cabo. Sobre todo, en cuanto a la precisión de ese lugar donde se halla el profesor Lambert.

—¿Y si yo volase con ustedes?

—¿Tú? —inquirió, asombrado Pietro.

—¿Por qué no? Conozco como nadie el edificio del falso Instituto y sería capaz de descubrirlo en cuanto lo viese…

Micklem se rascó la barbilla.

Y después de una larga pausa:

—No creo que sea una mala idea, señorita. En realidad, es algo que no se me había ocurrido. Porque de esta manera podrá usted avanzar la marcha de las cosas mientras yo voy y vuelvo de Washington.

—¡Haré lo que sea!

* * *

—El avión, una avioneta comercial, para no llamar demasiado la atención, sobrevolaba el desierto.

El piloto no hacía más que seguir una línea imaginaria, prestándose a las observaciones que, de vez en cuando y guiándose por la carretera, le iba diciendo Gina.

La muchacha estaba nerviosa.

Teniendo en cuenta la distancia que había recorrido aquella noche. Gina hacia lo imposible por orientar al piloto.

Hasta que, de repente…

—¡¡Allí!!

El aviador viró hacia aquel lado, manteniéndose no obstante lo suficiente lejos. Sacando después una cámara cinematográfica, filmó detenidamente, utilizando un poderoso teleobjetivo, el edificio que se confundía con la superficie pedregosa del desierto.

Gina no podía contener sus nervios, la impaciencia la consumía, y le costó muchísimo no gritar al piloto que aterrizase allí mismo para poder correr en busca de Lambert.

¿Dónde estaría ahora?

Era fácil imaginársele encerrado en el laboratorio, trabajando sin cesar para lograr algo que ya estaba conseguido: su libertad.

¡Ah, si hubiera podido gritarle la verdad, decirle que no debía preocuparse por ella!

El piloto guardó la cámara.

—Debemos regresar —dijo.

Gina se mordió los labios.

Y mientras el avión se alejaba, no separó su angustiada mirada del edificio que, allá lejos, parecía desdibujarse progresivamente hasta desaparecer por completo.

* * *

Lambert levantó la cabeza del trabajo, secándose después el sudor que cubría su frente.

Le faltaba muy poco para ultimarlo todo: sólo una ecuación cuya solución haría rápidamente.

Pero ahora no tenía ganas.

Durante todo el tiempo que permaneció voluntariamente encerrado en el laboratorio, no dejó ni un solo instante de pensar en

Gina y en la actitud de la muchacha cuando, gracias a haber cedido, volvió a recuperar su estado normal.

¡¡Cobarde!!

Le había llamado así, declarándole un despreció que sucedió al amor que sentía por él, como si a partir de aquel momento todo hubiese acabado entre ellos.

Rudolph sintió que la cabeza le ardía y abandonó el laboratorio con el propósito de tomar un poco el aire.

Por un lado estaba contento de haber salvado a Gina del padecimiento horrible que significaba lo que los marcianos habían hecho con ella; pero, por otro lado, era incapaz de dejar de pensar en que lo que estaba haciendo, como decía Gina, no era más que una vil y canallesca traición que iba a hacer posible el que criaturas extrañas a la Tierra poseyesen los más interesantes secretos de los hombres… que hasta era posible utilizasen después contra ellos…

Presa de aquel orden angustioso de ideas, atravesó los amplios pasillos de la imitación del Instituto, dirigiéndose a una de las terrazas que en el otro, en el verdadero, conocía perfectamente.

El aire libre le acarició la ardiente frente, proporcionándole una sensación deliciosa.

Pero aquello no duró más que unos pocos minutos.

Las ideas volvieron a golpearle con su obsesiva insistencia y la desesperación se apoderó de él, sin que llegase a ninguna conclusión lógica, no sabiendo, a fin de cuentas, si obraba bien o estaba cometiendo la barbaridad más espantosa de su vida.

Y fue entonces cuando oyó el ruido del motor.

Levantó la cabeza, asombrado, viendo a lo lejos la silueta precisa de una avioneta.

Se quedó inmóvil, como si algo le hubiese golpeado de repente.

La avioneta era de un tipo conocido y Lambert la siguió con la mirada, en todas sus evoluciones, hasta que empezó a alejarse definitivamente.

—¿Qué significa esto, Dios mío?

Una voz sonó a su espalda:

—¿Qué hace usted aquí, Lambert?

Era el hombre de los cabellos canosos. Y Rudolph vio el brillo feroz que había en aquellos ojos.

Sintió que la cólera estallaba en su pecho.

—¿Cómo? ¿Es que no voy a poder tomar un poco el aire? ¿Soy acaso un robot?

Los rasgos del otro se dulcificaron un tanto.

—Perdone…

Pero Lambert no estaba dispuesto a dar por acabado el asunto.

—¡Acabo de ver una avioneta! Y quisiera que me explicase lo que significa su presencia…

—Es uno de nuestros aviones de vigilancia…

—Siempre creí que la atmósfera de Marte era menos densa que la de la Tierra y no permitía el vuelo de aparatos como los que utilizamos allí.

—Es de un tipo especial…

Había algo en el tono de la voz del otro que demostró al joven investigador que le estaba mintiendo.

—¡No lo creo!

—Está bien. ¿Y qué es, entonces, lo que cree, profesor Lambert?

Rudolph se pasó la mano por la frente.

—¡Ojalá lo supiera! —exclamó, como hablando consigo mismo.

El otro sonrió.

—Creo que lo mejor sería volver al trabajo. ¿Le queda mucho?

—Muy poco.

—¡Formidable! ¿Vamos, amigo mío?

Lambert le miró fijamente.

—¡No me llame así! ¡Yo no soy amigo suyo!

—Como quiera. ¿Vamos?

Lambert dio unos pasos con la cabeza agachada. Aquella posición le permitió ver que las manos del otro temblaban.

Era indudable que algo grave debía estar ocurriendo, aunque poco podía él hacer para saberlo; pero, de todos modos, cualquier cosa podría poner a prueba los ya destrozados nervios de su interlocutor.

Levantó la cabeza.

—¡Un momento!

—¿Qué desea?

El hombre miraba fijamente a Lambert, con el entrecejo fruncido.

—Antes de volver al trabajo deseo ver a la señorita Lorelli.

—¿Por qué? ¿No la vio antes?

—Sí, pero no importa. La verdad es que no me fío de ustedes y quiero comprobar que está como siempre.

—Pero…

—Ya lo sabe. Si no la veo, no continuaré mi trabajo.

El otro se mordió los labios.

Y con voz áspera:

—¡Está bien! Pero ¿ha olvidado que ella no le quiere ver? Eso ha dicho cuando le hemos llevado la comida…

Lambert sintió una punzada en el pecho, que no pasó desapercibida para el otro.

El hombre sonrió:

—¿Sigue empeñado en verla?

—¡Sí!

Encogiéndose de hombros, el otro le precedió, atravesando los pasillos que llevaban a la habitación de Gina.

Se detuvo junto a la puerta:

—Espere un momento. Le diré que está usted aquí.

—Bien.

Lambert permaneció en el pasillo nervioso. Poco después oyó la voz de Gina que llegó hasta él de una manera clara.

—¡No quiero verle! ¡Que se vaya!

Se sintió decepcionado y, con la cabeza baja, empezó a alejarse de allí.

Pero, de repente… fue como si una luz nueva le cegase. Después de todo, la vería, aunque fuese la última vez. Deseaba tenerla junto a sí, aunque ella le escupiese al rostro.

Volvió sobre sus pasos y empujó la puerta que estaba entreabierta.

El hombre estaba de espaldas a la puerta, hablando con Gina. Al oír el ruido que hizo Lambert al entrar, ella se cubrió el rostro con el pañuelo, estaba llorando, empezando de nuevo a gritarle:

—¡Vete! ¡No quiero verte! ¡Eres el peor de los traidores!

—¡Déjenos solos! —ordenó Lambert.

El hombre hizo un gesto de impotencia y salió, cerrando la puerta tras él.

Con el rostro cubierto por el pañuelo, Gina seguía sollozando.

Lambert se acercó a ella.

La emoción de tenerla a su lado le oprimía dulcemente el

corazón, haciéndole olvidar todo lo demás.

—Gina… —musitó, cuando estuvo junto a ella.

—¡Vete!

—Escucha, Gina… Puedes despreciarme, pero ya sabes que todo lo he hecho por ti. Es posible que sea el último de los traidores, el más sucio y despreciable de todos ellos. ¡Pero te amo como nunca! Dime adiós, al menos…

—¡Vete!

Nunca había sentido un dolor tan intenso.

Porque, a pesar de todo, estaba completamente seguro de que la italiana terminaría perdonándole. ¿Qué mujer enamorada no lo haría?

—No te conozco, Gina; no pereces la misma…

—¡Vete!

«No pareces la misma…».

«No pareces la misma…».

«No pareces la misma…».

«¡¡NO PARECES LA MISMA!!…».

Era como si la frase, aumentando de intensidad, le martillease el cráneo como una terrible verdad reveladora.

No dudó más.

Cogiéndola por las manos, la obligó a quitarse el pañuelo del rostro. Ella se defendía a patadas, golpeándole sin piedad.

¡Pero consiguió ver su rostro!

Y cuando comprobó que el lunar estaba al otro lado, lanzó una carcajada como un demente, comprendiendo en seguida que habían matado a la mujer que amaba.

CAPÍTULO X


a entrada de un grupo de hombres, que le cogieron por la fuerza, sacándole de allí, impidió que destrozase a la falsa Gina, que estaba en el suelo, desmayada a causa de los puñetazos que había recibido.

Lambert seguía riendo, riendo…

Le condujeron al despacho del director, donde el falso Horroks estaba junto al hombre de los cabellos de plata.

Los que le sujetaban le obligaron a hacer frente a los dos hombres.

Éstos permanecían impasibles.

Dejó de reír y llorar, mirando con odio a aquellas dos implacables criaturas.

—¡La habéis matado, malditos!

—No —repuso el hombre—. No la hemos hecho nada.

—¿Entonces?

—Ha huido.

Lambert torció el gesto.

—¡Es igual! ¿Dónde va a ir sola en este extraño planeta? Es como si la hubieras matado… ¡¡Asesinos!! ¡¡Nunca haré nada por vosotros!! ¡¡Sois unos criminales!!

Hubo una nueva pausa; después, el falso Horroks habló de nuevo.

—No ha muerto, Lambert. A estas horas debe estar en Los Ángeles.

—¿Me tomas por un idiota?

—Escucha bien. No estamos en Marte, ni somos marcianos. Nos encontramos en la Tierra y en pleno desierto de California. Gina consiguió huir y como hemos deducido después, consiguió llegar a la carretera, donde cualquier automovilista la recogió, llevándola a la ciudad.

—Entonces… ¿no estamos en Marte?

—No.

—¿Ni sois marcianos?

—No. Marte es un planeta muerto.

Lambert tragó saliva.

Luego preguntó:

—¿Quiénes sois?

El hombre de los cabellos plateados se encogió de hombros.

—¿Y eso qué importa, Lambert?

—¡Mucho! ¡Si queréis aún que os ayude, tengo que saberlo todo!

Se miraron, los dos; después, el falso Sam accedió:

—Está bien. Llegamos a este Sistema hace poco. Nuestros medios de traslación son individuales, lo que quiere decir que no podemos llevar nada con nosotros…

—¿De dónde venís?

—De muy lejos, de una constelación que ni siquiera conoces tú.

—¿Venís a invadirnos?

El otro sonrió, con patente y visible desprecio:

—No, no queríamos haceros ningún mal. Cuando llegamos aquí; es decir, cuando nuestros primeros agentes llegaron, adoptaron forma humana y quisieron ponerse de acuerdo con vosotros… Los encerraron en una casa que llamáis manicomio.

—Comprendo.

—Luego logramos recuperarlos y nos dijeron que no había nada

que hacer para lograr vuestra ayuda. Erais, nos dijeron, orgullosos, vanidosos, estabais divididos en grupos y os hacíais la guerra unos a otros.

Hizo una pausa.

Luego, con voz ronca, prosiguió diciendo:

—Nos convencimos de que no podíamos obtener nada por el buen camino, por el de la amistad. Y conste que nuestros primeros enviados hablaron claramente de los «Nuks»…

—¿Los «Nuks»?

—Sí. Es una raza poderosa que nos está haciendo la vida imposible. Han llegado de los confines del espacio y desean apoderarse del cosmos entero. Hasta ahora, las batallas que hemos tenido con ellos han sido catastróficas para nosotros…

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Tenemos armas poderosas, pero no podemos trasladarlas de un sitio a otro del espacio, porque no hemos logrado descubrir ningún medio de propulsión. En realidad, hasta la llegada de nuestros enemigos, no lo necesitábamos para nada. Viajábamos individualmente por el espacio sin necesidad de ningún aparato.

»Pero cuando la guerra empezó, nos dimos cuenta de que necesitábamos construir astronaves para luchar contra los enemigos. Construimos algunas, pero fue un fracaso completo, ya que no se movían con la velocidad que deseábamos.

»Por eso empezamos a movernos por este lado del cosmos, buscando ansiosamente una solución. Al visitar la Tierra y darnos cuenta de que vosotros habíais conseguido lo que necesitábamos, nos pusimos locos de alegría y enviamos a dos agentes para explicaros lo que ocurría, pidiéndoos vuestra ayuda, que esperábamos conseguir, ya que, en realidad, defendiendo aquella parte del universo, os defendemos a vosotros al mismo tiempo.

»Al darnos cuenta de que vuestra especial manera de ser nos impedía conseguir lo que necesitábamos con tanta urgencia, ideamos, debido a la plasticidad copiativa de nuestros cuerpos, el plan que ya conoces. Pero tú has hecho fracasar, junto a la muchacha, nuestros propósitos.

Lambert estaba asombrado al conocer la verdad.

Entonces… ¿sois capaces de copiar a los seres humanos?

—Sí. Ahora, en este momento; es decir, desde que te trajimos

aquí, hemos adoptado la forma de tus semejantes, de manera a hacer menos violenta nuestra presencia. Claro que la copia nuestra es como la que se logra en un espejo, por eso notaste el cambio del lunar en Gina.

—¡Es curioso!

—Tampoco pudimos traer al padre de la italiana aquí, como era nuestro deseo.

—¿Por qué?

—Porque Pietro tiene un hermano gemelo y no podemos copiar lo que ya tiene copia.

—Entiendo. Por eso me dijo la falsa Gina que su padre había ido a Italia…

—Eso es.

—Ahora se hace la luz en mi mente. Pero ¿cómo conseguisteis reducirla de tamaño, convirtiéndola en aquella especie de… enana?

El falso Sam sonrió.

—Ilusión pura.

—¿Ilusión?

—Sí. Ése es nuestro más importante poder. Juntó al copiativo, constituye todo lo que poseemos… Fíjate en este Instituto, es igual al de Los Ángeles, ¿verdad?

—Sí.

—Pues te equivocas. No es más que una ilusión de tus sentidos, como lo de Gina. Tú la cogiste, la colocaste sobre la mesa… ¡mentira!

—¿Eh?

—Lo que oyes… «Creíste» cogerla, «creíste» colocarla como «creíste» también verla reducida de tamaño.

—¡Es increíble!

—Para vosotros sí… Fíjate bien que en el momento en que lo deseemos, todo este edificio volverá a lo que es… nada. Y te encontrarás solo en medio del desierto. Por eso no tememos a la avioneta que, sin duda alguna, han enviado para observamos antes de atacar. Gina ha debido contarlo todo y las autoridades se preparan a destruirnos y recuperarte…

—¡Qué mujer más valiente!

—Sí. Has elegido bien, amigo: tendrás una esposa estupenda…

—¿Y qué pensáis hacer si os atacan?

—Irnos.

—¿Y yo?

—Te dejaremos aquí. Habremos fracasado, pero no queremos causar daño a nadie. Ya comprenderás ahora que no hemos matado a nadie…

—Es verdad.

—Volveremos a nuestro Sistema y seguiremos luchando como podamos. Y te aseguro que desearíamos vencer, no solamente por nosotros, sino por vosotros, para impedir que los enemigos lleguen, como llegarían aquí, más o menos tarde.

La emoción se había apoderado de Lambert.

¡Ahora estaba todo claro y aquellas criaturas no le parecían lo que había pensado de ellas!

—¡De acuerdo! ¡Os entregaré la fórmula!

Los dos hombres sonrieron.

—Te estaremos muy agradecidos, Lambert.

—Es que ya he comprendido todo. Y creed que lamento lo que ocurrió a los dos primeros mensajeros que enviasteis. Aunque no me extraña…

—¿Por qué?

—Porque el hombre es una criatura muy curiosa, que ha conseguido, es verdad, muchísimos adelantos técnicos. Pero su espíritu sigue siendo el de sus antepasados y continúa con una mente primitiva, desconfiada, mezquina la mayor parte de las veces…

»No es raro que se negasen a creer lo que vuestros enviados les dijeron. Yo mismo, si contase lo que aquí ha ocurrido, terminaría en una buena celda acolchonada para el resto de mis días…

—Es muy triste.

—¡Paciencia! El hombre, poco a poco, Irá avanzando al ritmo de los descubrimientos técnicos que ha logrado y ante los que hace un papel ridículo, como un hombre de Cromagnon al lado de un aparato magnetofónico…

—¡Curiosa imagen!

—Que refleja la verdad. ¡Vamos! ¡Voy a terminar las fórmulas! Pero ¿cómo las llevaréis, si sois incapaces de trasladar nada?

—En la memoria.

—Bien.

Durante las ocho horas que siguieron a aquella reunión, Lambert trabajó como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Estaba contento, sonreía y hasta silbaba cuando recordaba que Gina se había salvado.

Sam y el otro estuvieron a su lado.

Al terminar, les tendió los papeles.

El hombre de los cabellos plateados los leyó atentamente, durante unos minutos, devolviéndoselos después:

—Toma. Tú los necesitarás… yo ya me los llevo en la mente. ¡Muchas gracias, hermano!

Lambert se emocionó.

—Os deseo mucha suerte en la lucha, Y si alguna vez queréis algo, venid a mí…

—¡Gracias! Nuestro deseo es contener a los invasores. ¡Y ahora estamos seguros de lograrlo!

Iban a retirarse cuando Lambert, les detuvo:

—Un momento…

—¿Qué quieres?

—¿No podría veros… como verdaderamente sois?

Se miraron.

Después, el falso Sam preguntó:

¿Lo deseas de verdad?

—Sí.

El otro sonrió.

—Estamos seguros que nuestro aspecto no te parecerá agradable; pero, de todos modos, no olvides que la inteligencia puede alojarse en cualquier sitio… si debe ser así.

—Estoy preparado.

Sam miró al hombre de los cabellos plateados.

Éste, de repente, pareció empezar a vibrar. Desaparecieron las ropas y su cuerpo, por el momento casi humano, se tornó gris, perdiendo la forma, descendiendo hacia el suelo, decreciendo hasta que finalmente quedó sobre la alfombra…

Lambert se llevó las manos a la boca:

—¡¡Un gusano!! —exclamó.

—No exactamente —dijo Sam—. Porque aunque lo parezca, es, en realidad, somos, sería mejor decir, formas energéticas, capaces de moverse por el espacio, sin miedo al vacío ni al frío

intersiderales.

El otro había recuperado en pocos segundos su forma humana.

—¿Satisfecha tu curiosidad? —inquirió, sonriendo.

—Por completo.

Sam se adelantó, tendiéndole la mano.

—Adiós, Lambert.

—Adiós y buena suerte.

—Adiós —dijo el otro.

Desaparecieron, cerrando la puerta tras ellos.

Y apenas habían pasado unos segundos cuando una luz cegadora envolvió al terrícola, proporcionándole, nuevamente, la sensación de vértigo que había sentido ya dos veces.

* * *

Abrió los ojos…

Se encontraba junto a una carretera y no tardó en ver un coche que al llegar a su altura se detuvo.

Un hombre joven bajó, acercándose a él.

—¿Está enfermo, amigo?

—No, gracias.

—¿Viene conmigo a Los Ángeles?

—Sí.

Subió al vehículo que el otro puso en marcha.

Se acercaban a la ciudad cuando vieron un grupo de helicópteros que se dirigía hacia el norte. Al mismo tiempo una verdadera caravana de coches oficiales, mucho de ellos llenos de policías, se cruzó con ellos.

Lambert le dio las señas de los Lorelli y el otro se detuvo, poco después, ante la puerta de la casa.

—Muy agradecido —dijo Lambert.

—De nada. Y procure no quedarse así en el desierto. Puede ser peligroso.

Lambert sonrió, penetrando después en el edificio.

Cuando la puerta se abrió, Pietro apareció en el umbral; pero al ver a Rudolph, sacó inmediatamente una pistola.

—¡Alto! ¡Un paso más y te dejo seco! ¡Farsante!

Lambert frunció el entrecejo.

—¡Pero si soy yo!

—¡Cuéntale eso a otro! ¡El verdadero Lambert será puesto en libertad dentro de poco!

—Pero…

—¡Levanta las manos o te mato!

El joven obedeció.

En aquel momento apareció Gina detrás de su padre.

—¿Qué ocurre?

—¡Aquí tenemos una de esas copias que nos han hecho bailar de cabeza! Pero éste no va a darnos mucha lata porque voy a llenarle las tripas de plomo.

Por primera vez, Lambert sintió miedo.

—¡Soy yo, Gina! Me han dicho que lograste escapar…

Ella le miraba fijamente.

Luego, de repente, echando a su padre a un lado, sin dejar, no obstante, de apuntar a Lambert, se acercó al joven.

—He tenido mucho tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido y ahora estoy en disposición de no equivocarme.

—¿Cómo? —inquirió Pietro.

—Ahora lo verás…

Gina se acercó al joven y con voz autoritaria, ordenó:

—¡Bésame!

Lambert dudó y la muchacha exigió nuevamente:

—¡He dicho que me beses! ¡O lo haces u ordeno a mi padre que dispare!

Naturalmente, Rudolph no tuvo más remedio que obedecer.

Fue un beso largo, larguísimo, que hubiese hecho las delicias de los directores de Hollywood.

Después, separándose del joven, Gina exclamó:

—¡Guarda la pistola, papá! ¡Es él!

Y se lanzó nuevamente a los brazos de Lambert.

Pietro, guardándose el arma, se rascó dubitativamente la cabeza.

—¡Vaya manera de reconocer! ¡Santa Madona! ¡No lo hubiese creído de no haberlo visto con mis propios ojos…!

Y cuando estuvieron en el salón, sentados, el pobre hombre preguntó:

—¿Cómo pudiste reconocerlo, hija? ¿Estás segura, al menos?

—Por completo, papá. Estos días recordé que el falso Lambert

me besó de una manera especial…, que no era la misma que tenía Rudolph de hacerlo… ¿Cómo querías que besase bien un marciano?

—No eran marcianos, Gina.

—¿No?

Lambert lo explicó todo. Terminó diciendo:

—Ahora, cuando regrese el teniente, después de no haber encontrado nada en el desierto, le rogaré que me lleve a Washington donde lo explicaré todo.

—¡No te creerán!

Lambert se tocó el bolsillo de la chaqueta.

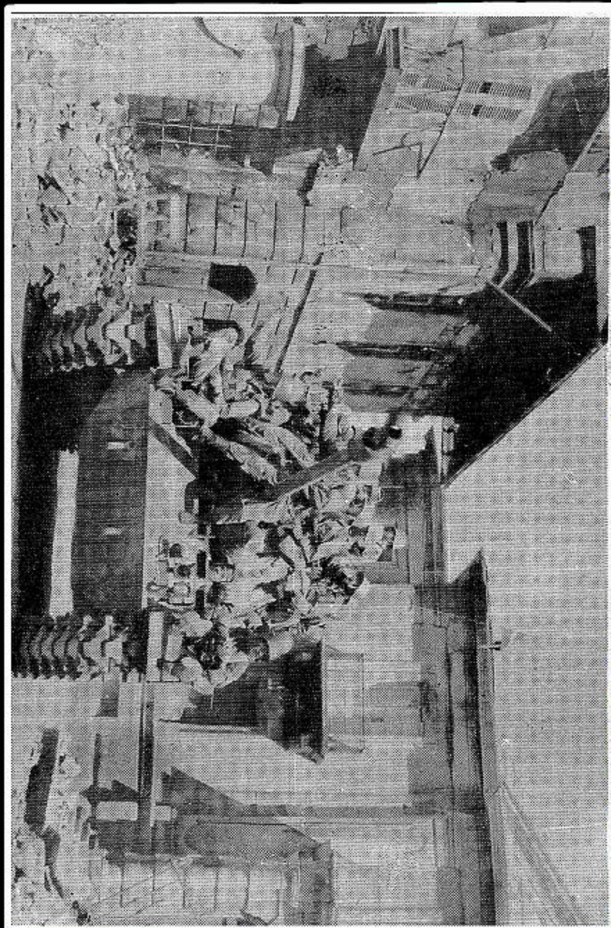
—¡Claro que me creerán! Por algo llevo la fórmula en el bolsillo. Será la mejor prueba…

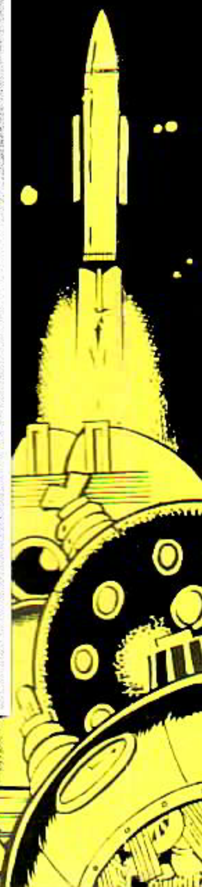
Gina le atrajo hacia ella, besándole de nuevo.

Y Pietro, tosiendo, se puso en pie.

—¡Yo me largo! Creí que con una experiencia te bastaba, hija mía. Pero, por lo que veo, esto va a ser peor que un laboratorio de «trabajos de identificación»… ¡Adiós!



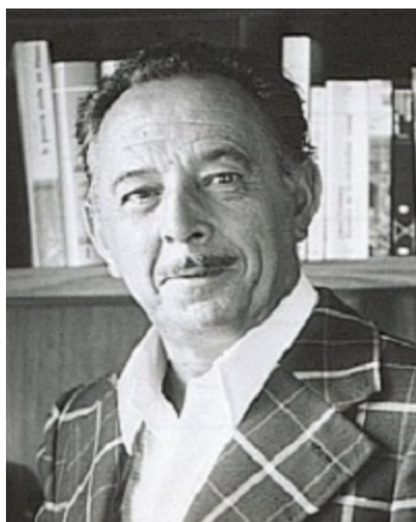




Escena de la película LA MUCHACHA DE BERLIN

(Exclusivas Floralva)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] ¡Qué pena! Es tan bueno y amable. < <